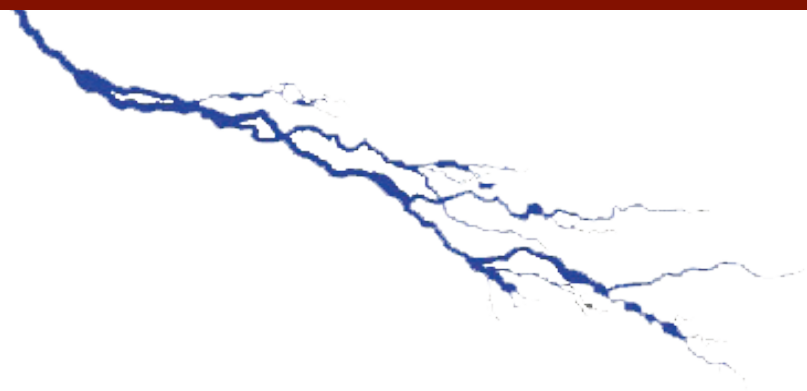


ALEJANDRO CÉSPEDES

EL ALIENTO DEL KLAI

PREMIO DE LA CRÍTICA DE ASTURIAS 2021

CUBIERTA ORIGINAL DE LA EDICIÓN EN PAPEL



ALEJANDRO CÉSPEDES

EL ALIENTO DEL KLAI

RAYO AZUL

POESÍA

H U E R G A Y F I E R R O E D I T O R E S



Alejandro Céspedes (Gijón, diciembre, 1958): "Poeta consagrado, canon indiscutible, Céspedes aporta al arte más que talento: le da un porvenir". (Ainhoa Sáenz de Zaitegui; "El Cultural-El Mundo"). "Céspedes es una de las voces principales de la generación de los ochenta, con una obra amplia y muy reconocida". (Javier Lostalé; "Cuadernos del Matemático"). "Céspedes es un poeta de reconocido prestigio y amplia trayectoria que demuestra en toda su obra un gran conocimiento de los géneros literarios, tanto en verso como en prosa. Sigue la senda que exploraron poetas como V. Aleixandre y J.L. Borges, dando una nueva dimensión a la expresión lírica". (Emilio Porta)
Todo sobre el autor en www.alejandrocéspedes.com

COMPRAR LIBRO EN PAPEL EN ESTE ENLACE

<https://huergayfierro.com/el-aliento-del-klai/>

El aliento del klai

ALEJANDRO CÉSPEDES

El aliento del klai



HUERGA & FIERRO editores

Colección dirigida por Óscar Ayala y Enrique Villagrasa

11

HUERGA Y FIERRO EDITORES

C/ SEBASTIÁN HERRERA, 9
28012 MADRID (ESPAÑA)
TELÉFONO: 91 467 63 61
E. MAIL: huerga@huergayfierro.com
WEB: www.huergayfierro.com

PRIMERA EDICIÓN
2020

© ALEJANDRO CÉSPEDES
© FOTOGRAFÍA DEL AUTOR: MANUEL ÁLVAREZ SUÁREZ
© DISEÑO DE COLECCIÓN: EQUIPO EDITORIAL
© DISEÑO LOGO DE LA COLECCIÓN: ÒSCAR VIVES
© HUERGA Y FIERRO EDITORES
DEPÓSITO LEGAL: - I. S. B. N.:
IMPRESO EN ROMADAC INDUSTRIA DEL LIBRO
IMPRESO EN ESPAÑA

CUALQUIER FORMA DE REPRODUCCIÓN, DISTRIBUCIÓN, COMUNICACIÓN PÚBLICA
O TRANSFORMACIÓN DE ESTA OBRA SOLO PUEDE SER REALIZADA CON LA AUTORIZACIÓN
DE SUS TITULARES, SALVO EXCEPCIÓN PREVISTA POR LA LEY. DIRÍJASE A CEDRO
(CENTRO ESPAÑOL DE DERECHOS REPROGRÁFICOS) SI NECESITA FOTOCOPIAR
O ESCANEAR ALGÚN FRAGMENTO DE ESTA OBRA
(WWW.CONLICENCIA.COM; 34 91 702 19 70 / 34 93 272 04 47)

EL ALIENTO DEL KLAI

(2002-2005)

¿Cuál puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del niño que la recibe?

BALTASAR GRACIÁN
(*El Crítico*, Tomo 1, primera parte: crisis V)

Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.

MIGUEL DE CERVANTES
(*El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha*, II, 11)

Sin los valores familiares tradicionales, la sociedad se degrada. Esto, por supuesto, es conservadurismo.

VLADIMIR PUTIN (2014)

Este libro está escrito a partir del documental
Dzieci z Leningradzkiego (Los niños de Leningradsky),
de Hanna Polak y Andrzej Celinski,

“Desde la caída de la URSS unos cuatro millones de niños se han convertido en vagabundos en Rusia. Cuando se hizo esta película, las autoridades estimaban que unos treinta mil niños vivían en las calles y estaciones de Moscú”.

En la aparente confusión de nuestro mundo misterioso los individuos se ajustan con tanta perfección a un sistema, y los sistemas unos a otros y al todo al que pertenecen, que con solo dar un paso a un lado cualquier hombre se expone al pavoroso riesgo de perder para siempre su lugar en el mundo (...) y convertirse en un paria del universo.

NATHANIEL HAWTHORNE
(Wakefield. 1837)

PRÓLOGO

¡Oh, hierbas de las tumbas,
escucho a las langostas devoraros! ⁽¹⁾

así los cabizbajos los que observan
de reojo su próxima captura
así los entretiempos de las pérdidas las pérfidas estatuas
cariátides adictas al sonido del WhatsApp los que rezan
a unos dioses de piedra con los brazos de piedra
con los ojos de piedra con el alma de piedra
esos cíclopes ciegos de lujuria los gigantes hastiados
de su eterna presbicia los miserables todos
así los perentorios los ingrátidos seres del abismo
sus gárgaras de azufre
sus gargantas de asbesto
así así así los pantanales del deseo su infame pestilencia
su gangrena su altiva cruz clavada en la entrepierna
de la cándida Eréndira su desalmada abuela y el azote
del tóxico hidrargirio su soberbio veneno
que humea en sus entrañas antes antes antes
antes de la violencia que baña los suburbios
de los cuerpos y da al agua su mancha
y a la infancia su estigma así así así
así llega la ciénaga con su obturada tráquea
así sus mecanismos del abuso la asfixia de sus víctimas
la afrenta en la garganta con el plástico hundido
en la vergüenza la lágrima el insomnio
y los cien y los mil los cien mil pies hollando
la mirada de un niño así así así así
así con la dominación que nunca capitula ríen
vienen vienen vienen con atriles de odio legislando ríen
sobre sus pedestales de desprecio
y clavan las rodillas en tu espalda

así llegan las sombras de la muerte con vestido de prónuba
excretando las larvas de su feroz certeza
recubiertas de púas sobre el ojo dormido
vienen al bordaje con su voracidad incontenida vienen
vienen ya están aquí
esa clase de seres que piensan que la hierba
solo ha nacido para ser pisada

EL SÉPTIMO DÍA

El periodista anota en su libreta: *Cada año unos cien mil niños rusos huyen de unas familias estranguladas por el alcohol, la violencia, el sexo y la pobreza, para buscar un mundo mejor en el alcohol, la violencia, el sexo y la pobreza. Morirán tras los golpes de cualquier policía, bajo el cuerpo furtivo y el ansia de las manos de un viejo pederasta, saciados por el sida para calmar el hambre, a veces asesinados a manos de alguno de los suyos por las sobras de un bote de pegamento medio seco...*

Sus deseos solo son anticipos de las pérdidas.
La muerte único privilegio inevitable.
Se prostituyen en el salón de la tristeza.
Señalados por el rencor difuso que navega en los ojos
de cualquier pendenciero —esos verdugos
que agregan al recuerdo del dolor la herida— se acostumbran
al golpe.
Solo son un proyecto hacia la nada, presas fáciles
para los agujeros del vacío, dueños de lo volátil
se alimentan sorbiendo el índice del miedo.
Así pasan sus días y sus meses; sus treinta días
con sus sesenta noches.
Voltaire se adelantó en sus predicciones:
preñados en el colchón de la violencia,
son cuerpos que nacieron para ser devorados por la pena,
alumnos avezados en el arte de herirse.
En ellos el castigo es una explicación y el cepo se acomoda
a sus heridas, en sus grietas copula el desamparo.
Por el involuntario hecho de vivir ya son culpables.
Saben del inframundo mucho más que los griegos
pero les falta tiempo para buscarle un nombre
al río del dolor. ¡Qué les importa!
Cuando Caronte busque el pago a sus servicios
solo encontrará el último aliento pegado por el *klai*
al fondo de sus bocas.

Las deudas de sus vidas se acumulan más allá de la muerte:
surcan el Aqueronte en permanente tránsito,
arriba abajo arriba abajo arriba...
Sobreviven y mueren de la misma manera: sin destino,
por estricta omisión,
de indiferencia.

No podrían soportar las respuestas a sus propias preguntas.
Sería... como si después de ser atravesados por las balas
les forzasen a respirar el humo
que sale del cañón de la pistola.

Si apenas son ladrillos de unos sueños
que se deshacen con la luz del día,
si ni siquiera pueden elegir las llamas
del fuego en el que habrán de consumirse,
¿qué pensarán del humo y la ceniza?

—A veces llamo por teléfono a mi madre, pero no digo nada, solo la escucho hablar. Ella suele decir: “Hola, hola, ¿quién llama?”. Solo eso. Después cuelgo. Puede parecer que no me importa, pero por dentro no, por dentro... esa voz todavía duele tanto...

Han pasado ocho años y aún no se le ha caído la postilla,
la orografía desértica que lleva entre los dedos
como una cordillera, del meñique al pulgar,
marcada en una estufa al rojo vivo por su madre.
—¡Perdóname mamá, no sé por qué lo he hecho!
Pedía misericordia con una voz de pájaro
al que después de haberle arrancado los ojos
se le empuja al vacío de los acantilados.
Pero la madre ebria, loca de miseria, toxicómana
de su resentimiento, aprieta aquella mano pequeñita
contra el hierro candente.

Ni los gritos enfrían el castigo,
¡qué sabe un hierro al rojo de clemencia!

Ella mira el estigma. Sabe que no se irá.
Ha visto aquella costra, igual que el magma frío, acumularse
demasiadas veces sobre las cumbres de esas cicatrices.

—Tenía catorce años cuando empecé con esto. Todos me decían que no lo hiciera, que estaba mal... Para la gente es fácil decir: "Olvida tu pasado". Yo le dije a mi madre que no fuera tan dura. Tantos problemas... Le dije que un día me iba a hartar, que me iba a hartar, le dije... No hizo caso. Siguió con sus borracheras, con sus hombres... Le importaban más los hombres que sus hijos.

Andrèi deja la botella sobre los cartones en los que están sentados. Se queda con la mirada perdida en un tetrabrik de vino en el que alguien ha metido unas flores de plástico. En la esquina izquierda de la pequeña oficina de una antigua fábrica semiderruida que les hace las veces de cuartucho, hay un cachorro de perro tumbado junto a una de las niñas. Allí duermen, sobre raídos y sucísimos colchones que han cogido en cualquier basurero. Andrèi le ofrece el vodka al periodista y sobre aquellos ojos tan azules, durante una milésima de instante, puede verse todo el óxido que el mundo ha producido.

—¿Sabe lo que dicen en mi pueblo? —continúa—: "Si un hombre no bebe trama algo malo" —los tratos se consiguen con bebida—, "si no has bebido nada has conseguido". Así que beba —le dice. Mientras va naufragando en esos ojos la sonrisa más triste que pueda imaginarse, sigue hablando:

—Nosotros trabajábamos, los nueve. Incluso el más pequeño andaba a la chatarra. Ellos tampoco eran buenos. Mis hermanastros me pegaban, recuerdo que metían sus pollas en mi boca desde que tenía tres o cuatro años, poco después empezaron a darme..., usted ya sabe. Uno detrás de otro. ¡Ojalá os ahoguéis con vuestro vodka!, les dije mientras daba un portazo. Esa noche del 15 de noviembre me vine a la ciudad. No lo olvidaré nunca. Cogí el primer camión y el primer trago. Pensé que el vodka me iba a hacer olvidar. Ya ve que no —con la mirada fija en el suelo, hace agujeros sobre los cartones girando el tapón de la botella—. No creo en nada. Solo en que seguramente esto será siempre así. No sé si es bueno, pero es mi decisión, al menos podré hacer lo que yo quiera.

La libertad no existe. No hay elección.
Solo una calle estrecha con dos tercios de sombra
y un tercio de regreso. La decisión aquí es irrelevante,
pero hoy que están llorando las luciérnagas cree,
ahora es el momento, cuando brama la madre de la ortiga
y el corazón podrido de la piedra late otra vez sobre los
campanarios.

Cree
y ten fe en tu mentira.

La decisión aquí es irrelevante, pero... cree
antes de que tabiquen tus ojos las respuestas.
Tú puedes decidir quién te acribilla, cree.
Cree porque te queda poco tiempo.
El invierno ya afila sus espadas y su nieve insaciable
devorará el gemido.
Cree porque si no has de arrojar los dados
para encontrar la lógica de esa sog a que cuelga de una rama
y oscila en su prolongación hacia la muerte.

Cree,
porque si no solo serás un hueco que conserva el recuerdo
de su taxidermista, solo un ser disecado,
desecado,
conservado en su cóncava
apariencia.
Cree
y ten fe en tu mentira.

Todo lo incomprensible combina sus promesas
mientras en los cimientos de unos ojos,
igual que una ilusión en mitad de una lluvia de metralla,
revienta un animal acorralado.

El niño deambula con la muerte
mordiéndolo el corazón de sus verdades.

El viento mece el hambre de una sog
que ambiciona el recuerdo
de un ahorcado.

La muerte necesita creer para saciarse.

Las lágrimas del niño son astillas que clavan
en una cruz a todas sus mentiras.

La nieve está cayendo inútilmente
sobre las huellas que dejan sus preguntas.

En su verdad se incubaba toda forma posible del engaño.

Sobre esa nieve estéril
la gula del silencio se abre paso.

—Mi padrastro me pegaba hasta con los cables de la luz. A las dos, a las tres, a las cinco de la madrugada. No importaba la hora a la que llegase a casa. Yo ahora me defiende con navajas, como aprendí de él. Pero me gustaría tanto poder ver a mi madre...

Oleg no debe de tener más de nueve años.
Cuando por fin se derritió la nieve surgieron veinticuatro millones de pies sobre las calles. Casi doce millones de abrigos, pantalones, trajes, faldas.
Veinticuatro millones de córneas encendidas sobre los mecanismos del chantaje, enviadas en esa purulencia de productividad y rendimiento, fijas en los mercados de valores como el insecticida se adhiere al corazón de las abejas.
—Yuri, dime, ¿qué es eso del mercado de valores?

Hay una indiferencia contagiosa, una ceguera útil que vacuna contra la fiebre de la misericordia mientras niños exhaustos —que no entienden por qué huérfano se ha de escribir con *h* y orfandad la ha comido— se alimentan de las *haches* que aplastan veinticuatro millones de zapatos.
Haches inspiradas y *haches* expiradas,
los gestos de nacer y de la muerte.
Hijos de la violencia, el abandono,
el hambre, la bebida, la ignorancia,
abortos de una élite insaciable,
fetos de un animal desbaratado que se aparea con otro para parir espectros que no quiere ver nadie.
Haches bajo un fragor de cuerpos ahuecados que transitan las calles de un universo harto de palabras.

Hasta las niñas hablan como hombres que ya han bebido tanto que tienen las vocales oxidadas. Pronuncian *soy* con su voz abrasiva, ronca, gris, disolvente, pero a nadie le importa: habitan en un mundo sin oídos.

Ignoran los consejos de Descartes:
"Para poder vivir bien hay que vivir sin ser visto".
Y viven sin ser vistos, pero no viven bien.
Su existencia, en efecto, necesita
una gran cantidad de transparencia.
Paradójicamente, esa cualidad también los mata.
Nunca han oído el nombre de Descartes.

Cuanta más opulencia hay alrededor menos se notan.
Se vuelven invisibles a los ojos
del euro, taka, rublo, real, dólar,
del peso, de los pesos, del chelín, de la rupia y de la libra.
Todos encuentran siempre la violencia y la miseria
al huir de la miseria y la violencia.
Su nuevo mundo es inabarcable
pero es un infinito bien cercado.
Estaciones de trenes, vertederos, cloacas...
esos son sus jardines, sus hogares.
Los juguetes que jamás han tenido
los conservan ahora en una bolsa, son leales y etéreos.
Nada puede escaparse.
El aire de esa atmósfera les cura.
El aire de esa atmósfera estrangula.
El *klai* besa por dentro sus pulmones.
El *klai* calienta el hambre.
El *klai* les sacia el frío.

Manadas de famélicos herbívoros
pastan en sus cerebros una hierba raída.

Los pájaros les arden en las manos.

Sus cenizas señalan el trayecto
entre un bosque de clavos encendidos.

“Rusia es un buen país para vivir. Después de EE.UU. es en el que hay más gente cuyas fortunas pasan de los mil millones de euros, pero el 60% de los rusos sobreviven con menos de 300 euros al mes. No parecen importar los grandes atascos en las calles o el mal estado de las carreteras, los concesionarios de Rolls Royce, Aston Martin y Mercedes-Benz no paran de vender coches. La demanda de obras de arte, objetos exclusivos y cirugía estética se ha incrementado de forma exponencial.

Viktor estudió medicina, pero gana cien veces más organizando fiestas para millonarios. Dice que no basta con encargar litros del champán más caro, ha de haber emoción, riesgo y, sobre todo, lujo. Algunos de sus clientes juegan a ser mendigos y recorren la ciudad pidiendo limosna —vigilados por sus guardaespaldas— solo para divertirse. Hay millonarias rusas con faldas microscópicas y botas Pretty Woman que para buscar algo de emoción se hacen pasar por prostitutas. A Viktor, lo que más le solicitan es que organice viajes, bailes de disfraces en fabulosos edificios históricos y conciertos de figuras del pop, como Kylie Minogue o Robbie Williams, y con famosos de Hollywood entre los invitados. Dice que han llegado a pagar un millón de dólares a Jennifer López por actuar en una fiesta privada. La ciudad es inagotable en ofertas para gente que carezca de complejos. La noche de Moscú invita a perder el dinero, la memoria, la vergüenza”.⁽³⁾

El periodista cierra su libreta de notas. Desde los ventanales de un hotel en la ribera oeste del Moscova, las bóvedas de oro y las iglesias, con sus inmensas cúpulas de helados de colores, parecen decorados para un cuento de hadas. Va cayendo la noche sobre el río. La ciudad encendida fluye como un desfile de galaxias.

Nastya no necesita jugar a la indigencia ni contratar a Viktor para encontrar el riesgo o perder la memoria y la vergüenza. Camina contra el viento por las calles, los brazos apretados sobre el vientre como si alguna parte de su cuerpo tratara de escaparse sin permiso.

—*Quiero morir* —dirá, y un dolor estridente
capaz de abrir los ojos del Mar Muerto
canta una letanía dentro de su placenta.
Sobre un charco de orina bailan chorros de sombras.
Su diminuto mundo excomulgado se alarga sobre ellas
y hoza entre los cimientos de aquella realidad desbaratada.
La nieve brilla encima de unas gafas.
—*El dolor pasará* —le dicen los reflejos de esas lentes—. *La vida continúa. Ya lo sabes.*
Escucha a esa mujer que hay detrás de las gafas.
Intenta convencerla de que debe volver al orfanato,
de que la vea un médico. —*Tienes que alimentarte* —le repite.
La escucha desde abajo, aún en cuclillas, y se ve duplicada
sobre aquellos cristales de sus ojos.
Le gustaría creer en sus enredos,
pero de sobra sabe qué envoltorios recubren *La matrioshka*.
Con sus nalgas casi sobre la nieve mira al cielo.
La niña ve una yegua encaramada
sobre una multitud enardecida.
Tiene los ojos y los labios verdes
y unas alas de bronce tan hermosas
que no permiten levantar el vuelo.
El animal desde su cumbre observa los límites de un mundo
que esos seres humanos tan pequeños no alcanzan a soñar.

Ella escucha a la yegua diciéndole al oído:
*“Aunque envidies mis alas, soy una estatua ecuestre
que gobierna la estirpe de los tristes.
Un pedestal de carne que se oxida
y se corroe bajo los excrementos
de un coro de palomas que sí vuelan”.*
La mujer de las gafas sigue hablando, pero la niña escucha
solo el eco de aquellos labios verdes:
*“Un pedestal de carne que se oxida.
Un caballo con alas que no vuela”.*

El dolor no se conmoverá con sus gemidos.
—*¡Como mi madre no! ¡Yo no quiero ser como mi madre!*
Pero la sangre es sorda y obedece
únicamente a sus propios infortunios.

Ahora la nieve es roja por una incoherencia que ha nacido
lisiada, como parida a lomos de una silla
eléctrica, hija de la fractura y del relámpago,
con la espina dorsal roída por el miedo.

Una yegua, con ojos oxidados
y unas alas de bronce tan hermosas
que no permiten levantar el vuelo, mira el mundo
con los ojos absortos de un cadáver.
En el suelo, una mortaja con élitros prestados
escucha los proyectos de la nieve que mientras se derrite
legisla sobre su propia consistencia.

Un cordón umbilical hace preguntas
que unos ojos de bronce han respondido.

Un muñeco de nieve le sonríe
entre las manos de un taxidermista.

Entró en una cabina y marcó el número con unas monedas que obtuvo mendigando. Esa tarde había robado en una tienda de deportes. Ni siquiera dejó que al otro lado del hilo telefónico le hablasen. En cuanto escuchó que descolgaron dijo:

—*¡Mamá, tengo las botas de fútbol que nunca pudiste regalarme!*

En el auricular de su teléfono solo se escuchaba: “*¿Pero quién es?, ¿quién llama?*” Pero Sergei, en su euforia, repetía:

—*¡Mamá ya tengo botas, tengo botas.*

No tienes que comprarlas!

La cabina se tragó de golpe las monedas y Sergei nunca supo que en aquel número hacía tiempo que ya no vivía su madre. Sergei lleva orgulloso una camiseta con el número 10 impreso en la espalda. En otro tiempo la camiseta debió de ser de color rojo. Sabe pronunciar Real Madrid, Casillas, Iniesta, La Roja, Barcelona.

No conocen los mapas. No saben dónde están
Madrid ni Barcelona. Su vida ocupa espacios imprecisos.
No tienen una cara definida. Se reconocen por sus cicatrices.
Todos llevan el nombre de algún muerto.
Socialmente no existen, no tienen descendencia
ni genealogía y hasta la luz esquiva sus perímetros.
Su cuerpo es un suburbio de su exigua conciencia
y la vida, que es de substancia eléctrica,
se vuelve escurridiza.

El tiempo les ignora, y cuanto más regresa
más se retira el límite de lo que aún subsiste.
Cada nueva mañana la vida que retorna es más sencilla,
más mineral, con menos envoltorios para el viaje de vuelta.
Todas sus existencias son extremos de cuerdas
que conservan en los nudos deshechos la razón sustancial
que las desdice. Cada nudo es un tránsito.
Un eructo de tiempo que lanza sus anzuelos
en un pozo habitado por famélicos peces,
y una vez que han mordido
comprueban que ese gancho los fija en la miseria.

No trates de tocarlos.
Es como acariciar una medusa.

Son armas descargadas
que empapan de veneno su estampido.

Una pelota sale disparada y rompe los cristales de las gafas
de una mujer que está hablando con Nastya.

—Voy a comprar comida y compro pegamento, voy a comprar agua y compro vodka. Todo por esta puta vida de mendigo —dice Rahim—. La vida es más fácil cuando te emborrachas. No sabemos qué va a pasar mañana, así que bebes vodka, aspiras klai. Así es la vida. Dios la quiere así.

Son hijos adoptivos de los huecos,
bastardos con la sarna de la herrumbre,
siameses del ultraje y del abuso.
Sus padres son ahora policías, pervertidos, turistas,
pederastas. Sus madres, una sombra
con la que sueñan en las noches de invierno
y una mano extendida para entregar el hambre y el castigo.
Vulnerabilidad y desarraigo para ellos
son murmullos extraños,
como decir *inútil* en el resto de lenguas,
o decir *semejante*, o la palabra *libro* o
tatarles el pecho con un cuadro de *Munch*.

Los hay en todas partes
y es verdaderamente fácil distinguirlos.
Tienen todos los nombres y ninguno les sirve,
siguen siendo inventados y se heredan de aquellos
que se mueren.

Duran poco. Lo saben.

Su ácido nucleico aprende rápido
qué significa obsolescencia programada.
Son semillas de un oro que consigue oxidarse.
En sus sueños regresan a sus casas, pero la realidad vuelve
a repetirse mucho antes de que puedan despertar.
La reencarnación no es una creencia.
La han visto producirse en sus amigos.
Despiezados transmigran a otros cuerpos.
Sus órganos son gratis para los traficantes.

Un viejo y asqueroso millonario
destila Glenfiddich de dos mil doscientos euros la botella
por el riñón de un niño.
Una vieja impedida y medio muerta
respira un aire nuevo en los pulmones
de una niña asfixiada.

Resulta paradójico que una vida inservible
sea tan útil.

—Mi padre no me reconoció como hijo suyo. A los seis años me dejó en un orfanato. Ella lo prefirió a él. Un día vino en su coche a ver a mi madre. Le dio dinero. Le pregunté: ¿Quién es ese? Al principio no me lo decía. Después me llevó dentro y me lo dijo. Cuando ya se marchaba le llamé “papá”, pero él respondió: “No te conozco. Tú no eres mi hijo. Eres un huevo que no ha incubado nadie”.

Son seres fenoménicos.
Fantasmas de ciudad que extraen sus atributos
de un eclipse. Apariencias, almas con esqueletos
deformados, cuerpos que se sostienen sobre los hilos rotos
de la urgencia, palabras sin cartílagos, evanescencia pura,
inaprensibles igual que los ctenóforos.

Nada cambia saberlo o ignorarlo.
Siguen profundizando en la cantera de su propia ira.
Extraen piedras preñadas para una nueva losa
sobre los cielos de su sepultura.
Empiezan a añorar lo que aún les queda.
El flujo de las formas se detiene
y los ojos, en su necesidad, fingen el vuelo.
Se eleva el desconcierto de quienes solo pueden
ver la transparencia del espíritu etéreo
que habita en el sopor del disolvente.

Unos niños ascienden pisando los peldaños
de una escalera flácida.
Se desdibuja todo en su cerebro y su mundo es ahora
una casa desierta.
Se desangra la tarde
en la mirada inhóspita de unos cristales rotos.
Por dentro de la bóveda de una bolsa de plástico
se condecora la supervivencia.

Todo lo demás sobra.

— *Aspira un poco más, pero no mucho.*

— *¡Venga!, ¡pásalo, vamos!*

La vida se reduce al óleo inacabado de una ciudad desierta.
En mitad de la calle, el pintor ha olvidado
las sombras de unos sueños inconclusos.

Faltan cuerpos y sobran ojos indiferentes,
sobra el hielo y su herida en todas partes.
Solo una mancha oscura sobre la superficie
testifica la ausencia de lo que ni siquiera soñó llegar a ser.

— *Eres un huevo que no ha incubado nadie.*

— *Aspira un poco más.*

Todo lo demás sobra.

Ya llegará el tiempo de que el árbol repose sobre el pájaro
y anide y alimente a sus ramas con la leña cortada
de unos seres humanos deslumbrados de tanta indiferencia.
Ahora solo inhalar.

— *Aspira un poco más.*

— *Eres un huevo que no ha incubado nadie.*

Ya llegará ese tiempo en que la vida
se extrañe ante sí misma y pierda el rastro
y no vuelva a encontrar su recorrido.
Tiempo de que el espejo se desprecie
y nadie pueda en él hallar su imagen y entre la siderurgia
de una infecta memoria la sal busque el consuelo
de una lágrima seca.

Anatoliy pisa los cepos del recuerdo.

Una serpiente se enrosca en sus tobillos,
nunca se saciará bebiendo de esa herida.

— *No tengas miedo, ven* — dice la víbora —. *Yo te conozco, ven.*
Tú eres mi hijo.

El sol ya da la vuelta.

El hielo arde.

Hasta la estatua busca compañía.

Los niños que están siendo grabados por la cámara
no saben que el dolor de un violonchelo
rasgará sus silencios en la banda sonora.

—Era muy pequeña. ¿Cuántos años tenía?, ¿trece?, y ya se ha ido al otro mundo. Era su destino, así son las cosas —dice Cheslav mientras hace agujeros con la brasa del cigarro sobre el plástico de la cajetilla—. No se la puede traer de vuelta. Lo hecho hecho está. Que Dios la juzgue. Sus padres ahora lloran pero ellos tienen la culpa. Se emborrachaban para sentirse mejor, les daba igual dónde estuviera su hija y lo que hacía. Cuando están borrachos se olvidan de todo, hasta de sus hijos. Así es mejor, supongo. Esta vida es una mierda, el vodka es lo único que les importa. Esta mañana lloraron mientras oían los clavos entrar en la tapa del ataúd, pero por la tarde volverán a emborracharse. Me dan asco.

Seres que han alcanzado el caos se bifurcan
y mueren fusilados mientras la luz escribe
sus propias teorías sobre la confusión y la penumbra,
relieves de unas formas sobre un fondo continuo.
Un grieta real se propaga de un cuerpo hacia otro cuerpo
o o
y el hambriento orificio del espacio cede
en su aventura.
Ahora es el tiempo quien los acribilla
con sus líneas de fuga, hábiles maniobras
de una ilusión enferma.
La previsión... exacta.
La vida... tetrapléjica,
y sin que nadie sepa sus razones ríe.
Ríe mientras perfora con sus clavos
la espalda de los sueños
y al caer
ríe.
Ríe
con la provocación de quien ha apostatado por fin
del equilibrio.
No hay consuelo.

—*Confesaos* —les dicen esas voces que cuelgan del abismo.

Unos seres tullidos sueñan con el vuelo
mientras crecen los páramos en la tumba de un niño.

No saben que los sueños se entierran con sus alas
plegadas y cosidas al fondo de los féretros.

Fogonazos con sombras puntiagudas
imponen su verdad en la memoria de unos seres inertes.

La sangre	discontinua.
Su certeza	expandida.

La gota ha decidido que ha de seguir perdiendo
el equilibrio
y el llanto es solo el síntoma que asedia la existencia
de unos seres que salieron del vientre de su madre
siendo anónimos.

Brilla el soplete sobre las soldaduras
de unos cuerpos que han sido troceados
en el instante mismo de su nacimiento.
Ríen los fontaneros de la ontología mientras la cuña intenta
abrir las llagas. Las hélices trituran las raíces
de un monopolio al que apellidan vida.
Seres intrascendentes se reúnen junto a la turbulencia.
La catástrofe busca su alimento.
Un afán de exterminio llega desde el eructo de las nubes.
Ellos cogen las manos de la muerte
y se ofrecen al hambre de la hoguera
como quien bebe un rayo.

La memoria se abrasa
en los relámpagos que caen sobre el futuro.

Ni siquiera en el olvido están a salvo.

Crece el fuego detrás de la alambrada

y por el aire hay clavos
con hambre de afirmar el orificio.
Otra vez estos seres se bifurcan.

Y por el aire... clavos.

Y por la tierra... caos.

Ni los clavos sujetan su desdicha.

Colgado en la pared, detrás de la mesa de la funcionaria de los Servicios Sociales, hay una foto del Presidente de la Federación. Por la ventana se ven interminables avenidas de edificios magníficos. En el exterior hay diez grados bajo cero. Moscú, la ciudad más cara del planeta. Ramy sigue hablando al periodista:

—Le parecerá raro que pueda decir esto, pero es muy difícil hacer algo por ellos. Han elegido su forma de vivir, si se puede decir así... Ni siquiera resulta fácil encontrarlos, pueden estar cobijados en cualquier parte, ruinas de edificios, alcantarillas, coches abandonados... Cambian constantemente.

—Dígame una cosa Ramy, ¿hay coordinación entre la policía y los Servicios Sociales? —pregunta el periodista.

—Bueno, ya lo ha visto, Moscú es una ciudad muy complicada...

Ramy continúa charlando ensimismada en la limpieza de los cristales de sus nuevas gafas.

—Casi todos proceden de zonas rurales pequeñas y apartadas, aquí no tienen más arraigo que su propio grupo. Algunos han tratado de volver a sus casas, pero la vida allí sigue siendo tan terrible como cuando la dejaron y no tardan en volver aquí. Y aquí... ya ha visto usted lo que hay..., entre ellos las peleas son algo cotidiano y muy violento, luego se quejan de los malos tratos de la policía... Es posible que haya algún exceso, pero... Nos dicen que tenemos que poner más orfanatos y después no quieren estar allí. Se escapan enseguida, dicen que quieren ser libres. No sé qué piensan que es la libertad. Se pasan el día borrachos de vodka y enganchados a esnifar. Después se quedan como zombis, entonces sabes que se ha metido el aliento del "klai" en su cerebro. Un día tuvimos que recoger el cadáver de un niño de once años. Había encontrado o robado una pistola; después de aspirar el pegamento se puso a jugar con ella y se voló la boca. ¡Qué quiere que le diga...! Hacemos todo lo que está en nuestras manos.

Cuando el periodista le pregunta sobre la prevención de las enfermedades de transmisión sexual, Ramy saca de un cajón una pila de papeles y los suelta de golpe encima de la mesa. Su tono de voz cambia y se vuelve más firme.

—Casi todos han sido violados, es inevitable con la vida que llevan. No podemos controlar todo eso. Son ellas, ¡y ellos!, quienes se van con los hombres a los coches para hacer sexo por dinero. Hay gente que les da unos cuantos rublos, otros algo peor. Hay quien les pone bolsas de plástico en la cabeza o cuerdas alrededor del cuello y algunos mueren incluso mientras están siendo penetrados. ¡Ahí puede pasar cualquier cosa! A Genya, una niña que no tendría más de once años, la estrangularon con un cable mientras la violaban varios hombres. Todo el grupo de niños lloraba cuando se enteraron, pero no cambian de vida.

El periodista cierra su libreta y se despide de la funcionaria hasta el día siguiente.

—Esta tarde vamos a ir con la cámara, ¿qué grupo me recomienda?

Se quitan la palabra unos a otros. El barullo es tremendo delante de las cámaras, todos quieren salir y hacer sus gracias o contar sus desgracias. A estas horas la estación Leningradsky está tranquila, hay muy pocos viajeros y algunos mendigos que dormitan junto a las escaleras. El grupo está formado por unos quince niños, la mayoría muy pequeños. Hay seis niñas. Una tiene a un hermano menor que se llevó con ella cuando se fue de casa. El pequeño no debe de tener más de 5 años.

— Algunos quieren vivir en orfanatos normales, comer buena comida, dormir en sábanas limpias y suaves, pero yo no. Esta es mi casa. Estos son mi familia. Se está bien en la estación.

— Deberían darse más prisa en construir orfanatos — dice la niña que tiene a su hermanito—. Hacer orfanatos con cosas interesantes para que los niños nos animásemos a ir a vivir allí y se nos olvidara lo de vivir en la estación y en esos vertederos. Allí todos podríamos vivir bien y tener relaciones normales.

— Yo estuve en el orfanato de Nizhni Nóvgorod y los profesores eran malos. Nos pegaban todo el tiempo. Si rompías algo te pegaban, si hablabas demasiado alto te pegaban, si corrías por el pasillo te pegaban, si te reías te pegaban...

— Aquí te pega la policía de la estación... Nada más verte. Te persiguen y empiezan a pegarte sin contemplaciones. Yo los insulto, los llamo hijos de puta, entonces me pegan más. Te pueden coger en una esquina y darte patadas y con las porras en la cabeza o donde te pillen. Unas veces te sueltan y otras te llevan con ellos, eso es mucho peor.

Sergei saca una cajetilla de tabaco rubio. Enciende un cigarrillo y habla como si fuese el líder.

— A veces robamos bocadillos a los vendedores ambulantes. Bueno, no es robar, no, es solidaridad, es su contribución a nuestra desgracia

— los demás le ríen la ocurrencia, y continúa—. Los mendigos dan asco. Les pegamos. Nos llevamos su ropa, sus zapatos, sus calcetines. Para ser mendigos siempre se les encuentra un buen botín.

— ¡Ahí hay uno, Aleksí! — grita Sergei—. ¡Vamos, tíralo al tren. Veamos cómo explota!

La algarabía se vuelve insoportable, los chicos ríen, corren y se empujan unos a otros. Se acercan al mendigo y empiezan a darle patadas en círculo, atacan como los lobos. Cuando ya se han cansado de pegarle vuelven al grupo.

— *A mí me echó de casa mi madrastra* — dice una niña que no tendrá más de 7 años.

— *Sé que puedo morir congelado después de una borrachera, y qué. Hay otros que se ahogan con sus vómitos, por eso el vino es mejor que esté caliente.*

— *En mi pueblo se les da vodka incluso a los muertos. ¡Sí, es verdad! Cuando se los va a visitar al cementerio se les echa un poco de vodka encima de la tumba y luego se deja un vaso lleno junto a la lápida.*

— *Voy por ahí pidiendo dinero. No me gusta robar carteras como los otros. Pero a veces los mayores del grupo me lo quitan todo (gritos, insultos, abucheos...). Me roban todo lo que he ganado por no robar. Suelo pedir con un perro pequeño o con un gatito. Cuando pides con un cachorro la gente cree que tienes que comer tú y darle algo a él. Así te dan más dinero* — Yuka, que ha estado tratando de intervenir varias veces, le interrumpe. — *Las chicas de la estación quedan embarazadas enseguida, pero abandonan a sus bebés y sus bebés acaban como ellas. La rueda gira: la calle, el orfanato y la calle otra vez y todo vuelve a empezar. Si las chicas no tienen dinero para el klai o para vodka se venden a los hombres. Se van con ellos a sus coches o apartamentos o a cualquier sitio oscuro y se los follan. Con los chicos pasa igual, ¿a que sí, Tanya?*

— Tanya dice que sí con la cabeza mientras sostiene la bolsa de plástico donde sigue aspirando el pegamento —.

— ¡Venga, Tanya, cántanos la de “La reina de las nieves”! —le pide Timor.

Y Tanya, apoya la espalda contra el muro y con la voz de un juguete casi sin pilas canta:

— *“Eres tan dulce, dulce,
mi Reina de las Nieves.
Has soltado el cabello
sobre tus blancos hombros,
has soltado el cabello
pero tu voz no oigo”.*

Tanya y Timor unen sus bocas llagadas.

Intercambian el aliento del klai a través de los labios agrietados de quienes han besado mucho hielo.

Tanya tiene once años.
Vuelve a cantar a Timor *La reina de las nieves*.

Vladimir vende el *klai* a quince rublos.

—Los chicos encontraron media botella de disolvente y me dijeron: “Prueba. Es mejor que la gasolina”. Las primeras dos semanas les dije que no, que no quería, pero al final probé y me gustó. Así es como empecé con esta mierda de vida.

Andréi tiene trece años, los labios y toda la piel alrededor llenos de escaras.

—La culpa la tiene la estación, aquí los otros chicos me lo enseñaron todo. Necesitamos calor, comida, algo de dinero y nada más. Bueno... pegamento. Cuando empiezas a esnifar “klai” se acabó. Ya no hay nada más. Lo esnifas una vez y otra vez y otra, no puedes parar, no puedes estar ni un día sin eso. Kostia tenía 400 rublos y se fue a comprar ropa: vaqueros y zapatos nuevos. ¿Qué hice yo? Yo me gasté todo lo que tenía en pegamento. Tenía dinero y fui a comprar “klai”. Ahora ya no tengo pegamento, ni vaqueros, ni zapatos, ni dinero. ¡No tengo nada! Solo ganas de más “klai”. Siempre pasa lo mismo. Así lo pierdo todo. Pierdo mi dinero en esta mierda, pero lo esnifo cuando tengo hambre y ya no siento hambre, lo esnifo cuando tengo frío y ya no siento frío. La vida es mejor así.

El klai abre en su vida un cauce
por el que fluye aquello que se pierde y todo ocurre, o no,
sin que él importe. El dolor no se conmoverá con su dolor,
condenado a pisar sobre verdades ásperas, sabrá quedarse
aquí cuando unos dedos hagan el gesto necesario
para volver la página.

En esa hostilidad a ser domesticado reside la grandeza
que afianza su miseria.

La exactitud le ofrece su veneno pero él sigue soñando
que el silencio le empapa mientras pisa el discurso
constante de la nieve.

Qué poco queda por hacer dentro de sí mismo...

Reza para que el ornamento cuelgue de la horca.

Con la hoz de la interrogación se despedaza el todo.

Recolectado el grano, la espiga ya cortada no recuerda
su posición exacta en el sembrado,

y tanto frío aún donde seguir hundiéndose...

Con cada mordedura sangran las encías
del tiempo en el que vive y a través del recuerdo
se abre paso. Construye sin saberlo el escenario
donde será olvidado. Entra en él con la última
imagen que posee de sí mismo.

El lugar al que va no tendrá espejos.

—Me violaba mi padrastro. Mamá lo sabía todo, pero no quería meterse en líos. A Petrov, un día que volvía a casa muy borracho, le dieron cinco cuchilladas en la espalda. Luego mi madre se hizo drogadicta. No me acuerdo de más. No sé por qué quieres que te hable de mis cosas. Mis cosas... No me acuerdo adónde fueron mis cosas cuando vinieron a echarnos a mí y a mis hermanos de la casa. Nunca le importé a nadie. No tengo nada. Nunca tuve nada.

Los seres que proceden de ausencias y abandonos
poseen la brevísima y desdichada épica del trueno.
Un estruendo que en realidad se escucha con retardo
mucho después de que el rayo se ha extinguido.

Si esos niños supiesen qué vida les espera
¿habrían tenido fuerza para patalear sobre la cuna?
Unas manos sopesan la blandura del miedo.
Lo enérgico del llanto ensaya las feroces e indigentes
palabras que les poseerán y también las catástrofes
por las que habrán de ser desposeídos.
Desde ese alojamiento de los *nadies*,
desde un *sí* que es la duda de sí mismo,
esos seres contemplan la miseria.

Creen en lo difuso.
Son culpables.

Las cosas de los *nadies* flotando entre la nada...
Se instaura en el comienzo la destrucción del otro,
la absorción de su tiempo donde el espacio es cómplice.
La culpa sustituye el lugar de la víctima y en la agresión
... un nudo corredizo.

La cotidianidad depredadora imparte su docencia
donde nadie comprende ni perdona.
Todo *nadie* es producto de otro *nadie*,
de otra imaginación irreflexiva.

Nadie sabe de Pasha, de Tanya, de Vasiliy,
ni de Anatoliy, Rahim, ni de Nadezhda,
nada saben de Yuri, Pyotr, Rustam,
nadie de Lyuba, Ksyusha, Rustam sabe nada.
 Nadie.
 Nada.

Cada parte se ignora mutuamente.

La periferia accede hasta su tuétano.
El dolor ahonda en ellos amparado
por una simple cuestión de perspectiva
y todo ese temor, al que nunca supieron poner nombre,
reclama gobernar su incertidumbre.
Esos *nadies* golpean y golpean, golpean los cristales,
 desde fuera
reciben la tormenta, pájaros que no saben guarecerse
pierden la silueta del vuelo entre el granizo.
Esos *nadies* subsisten en la transmigración de sus heridas.
El abandono es una forma en el espacio.
La ausencia es un volumen de dimensión entera.
 No hay testigos.
 Nadie declarará por su inocencia.

Solo el silencio indiferente y cómplice
de una banda de seres sordomudos
tocará imaginarios instrumentos.
Otro réquiem sin notas y sin músicos
para unos ataúdes que no admiten la carga de la prueba.

 Formas de consumirse
desfilan por delante de unos ojos en llamas.

Ni en el olvido el mundo acuerda un orden.

 Sobre los descendientes del recuerdo,
 la maldición de la melancolía.

Ella le dice a Pyotr: *Tu cuerpo podrá morir por una bala, pero el recuerdo que tengo de ti nunca podrá ser tiroteado.*

Cuando ella dijo eso no sabía que dentro de tres meses la rígida impotencia de un pederasta flácido, con su firme venganza, le iba a extraer del cráneo su cerebro, ni que llevaba dentro de su útero otro ser apenas modelado que se trasplantaría en tierra inhabitable.

Ella y Pyotr son cuerpos abducidos,
sombras que el tiempo usa para manifestarse.
Ellos son su frontera y se confunden
con sus propias imágenes robadas.
Lo que antes fuera carne se transforma
en marañas de trazos.
Sus cuerpos se vacían, se desdibujan mientras son vividos
justo al borde de la indefinición. Expuestos contra un muro
esperando que alguien dé la orden al pelotón que apunta
con sus armas.
Personajes de un mundo intransitable
viven en los dos lados de la línea que divide su tiempo
imaginario.
Dueños del territorio del fracaso, han desistido
de buscar un refugio en otra parte.

Pero hoy no tienen tiempo de pensar estas cosas.
Hoy dos seres mugrientos acarician el chorro de una fuente.
Solo tienen diez años, pero ni el hielo cede a su ternura.
Mientras tratan de amarse juegan entre los labios
de una planta carnívora. La lengua de un glaciar
lame su espalda.
¡Pero a quién se le ocurre creer que entre sus piernas
se oculta un paraíso tolerable?

Al fondo de sus ojos, la muerte les sonríe
apoyada en su instrumento de trabajo.

Y tres meses más tarde, unos ojos azules
recargados de espejos taciturnos tendrán a diez centímetros
la llama mortecina de un viejo pederasta.
Le echó la culpa a ella de que no se empalmara.
Agarró lo primero que encontraron sus manos.
Con aquel hierro firme y herrumbroso, metáfora precisa
de su empeño imposible, el recuerdo de Pyotr
saltaba por los aires.
Y en ese mismo instante,
en la imaginación de un minucioso tallista de camelias
brotó un río de flores ya marchitas
con un cordón umbilical ahorcándolas.

— Un día que mi padrastro me dio más de la cuenta, por la noche le metí dos puñaladas en la tripa. Luego me fui de casa. Mi madre gritaba y lloraba en la cocina, pero yo solo escuchaba una canción que ponían en la radio. Creo que no me oyó cuando le dije: “Adiós, mamá, no te olvidaré nunca”.

Sergei pone a funcionar una casete robada. Un grupo de rock canta:

*“Sale el sol en nuestra patria
y el chico ruso está otra vez borracho.
Me importa una mierda el sovjòs,
me importa una mierda la fábrica.
¡Sí, sobrevivimos al 92!”*

— Esta es mi casa — dice Yura señalando la estación —. Se está mejor en libertad que viviendo en una jaula.

Al orfanato lo llaman *La Matrioshka*,
una jaula con las puertas
abiertas
a otra jaula con las puertas
abiertas
a otra jaula y dentro solo
sombras
tartamudean entre los barrotes.

Sus alas son más grandes que el hueco de las puertas.
Las seduce un frustrante vacío poderoso,
son imanes que intentan fusionarse
atraídos por el polo incorrecto.

Buscan el vuelo
y caen
igual que harina sal azúcar nieve,
solo una pizca de silencio pálido,
y en mitad de su estéril universo
la viceversa luna
se engasta entre sus córneas
como un cíclope ciego.

La esperanza, con sus alas fruncidas sobre el lomo,
es la raíz que ancla la codicia del vuelo.

— *¿Para qué le has robado el reloj a ese mendigo?*
— *¿Para qué necesita saber la hora un mendigo?*

Y el reloj se reía, se reía del tiempo junto a las vías muertas
de unos seres que caben en la mano que muerden.
Palabras desechadas se amontonan en míseros andenes
donde hasta los espectros tienen prisa. A borbotones caen
de los teléfonos mientras suenan muy alto
todos los instrumentos de las pérdidas y el mundo satisface
las leyes de la ausencia.

La jaula sigue viva.
El ave sigue entrecortando sombra.
Todo destino oculta una mortaja
detrás de su sonrisa.

Los teléfonos arden mientras el reloj ríe
y unos niños galopan con sus cráneos en llamas.

Se va desperezando la tragedia
bajo esta algarabía de soles extinguidos.

Los dioses son esclavos de sí mismos
en un mundo que habitan únicamente pájaros lisiados.

Todas las jaulas sangran.

Sergei sigue escuchando en su casete:
*"Sale el sol en nuestra patria
y el chico ruso está otra vez borracho..."*

Siempre hay una masacre en lo no dicho.

—¡Yo conozco Moscú mejor que nadie! Se está bien en Moscú. Puedo beber Mirinda, Seven Up, chocolate... —echa el pegamento en una bolsa de plástico—. La pones en la boca y respiras... respiras. El mundo ya es mejor, es más amable. De mis padres nunca aprendí nada, pero aquí, en la estación, me lo enseñaron todo. Aquí podemos ser ángeles y diablos.

El grupo de rock sigue:

*“La botella de vodka
solo cuesta cien rublos
y no está nada mal.
Será mejor que todos se emborrachen.
La vida es mejor si estás borracho.
La vida así es más fácil.
¡Diviértete, chaval,
gástate lo que tengas!
Los putos comunistas se han bebido
nuestra Rusia hasta el fin de un solo trago.
Así que bebe tú también, chaval,
bebe por toda esa mierda, chaval”.**

Durante el día habitan su palacio en Leningradsky.
Tumbados en el suelo contemplan su opulencia: los celajes
barrocos pintados de amarillo, las grandiosas arañas de
cristal encendidas, sus mosaicos flotando sobre el mármol
de sesenta y ocho columnas con capiteles jónicos que les
hablan de la lucha del pueblo por la independencia.
¡Qué grandes generales: Kutuzov, Suvórov, Donskoy,
Nevski...!
Lenin les da un discurso desde la Plaza Roja
y una mujer sostiene una hoz y un martillo.
Son figuras enormes, pero están construidas
con pequeños fragmentos
en inmensas paredes cubiertas de hornacinas.
Ochenta estatuas de bronce les ignoran.

* La letra de esta canción es traducción literal de un tema de un conocido grupo de rock ruso.

Bajo el inmenso pórtico, Rustam lleva un cuchillo
entre las piernas y unos pocos billetes de veneno.
Pero aún no lo sabe.

Todo cuesta lo mismo.

Un grandioso palacio en Leningradsky tiene el mismo precio
que veintisiete grados bajo cero.
Pasan los trenes hacia San Petersburgo debajo de la plaza
Komsomólskaya.
Ninguno de los niños sabe dónde está San Petersburgo.

*Más arriba, Deripaska vive en un piso de 500 metros; cuarenta años, el
rey del aluminio. Tiene una fortuna calculada en más de 28.000 millones
de euros, y su mujer, Polina, acaba de cumplir los veintisiete y ya dirige
un entramado editorial. Pagó trescientos mil dólares a Rihanna para que
cantase dos canciones en su cumpleaños. Le regalaron un cuadro de
Warhol, un Ferrari...*⁽⁴⁾

Pero cuando el metro de Moscú se cierra
y su hermoso palacio en Leningradsky queda a oscuras
hay que volver al *klai*, a calentarse bajo su frío aliento.

Rustam y Nadezhda están intentando amarse sobre las gigantes-
cas tuberías de una fábrica hace tiempo abandonada por las que
aún discurre algún tipo de líquido que entibia aquel cemento de-
salmado. Cada caricia es muy meticulosa, cualquier pequeño
gesto puede esconder detrás una catástrofe.

Para hacer menos gélida aquella travesía
de manos por su cuerpo, ella piensa en la cama de su madre
y en que su casa tenga la chimenea encendida.
Pero se ve mirando desde fuera esos viejos visillos
que había en la ventana y la nieve que oculta en su silencio
la inquebrantable fe que tiene en la miseria.
Intuye que el silencio es solo eso:
una de las provincias del olvido.

Si hubiese que contar algo de Rustam, tal vez lo más exacto
sería decir que es un niño que todo lo que mira se hace viejo.

Nadezhda lleva en la cara los surcos de otro parto,
estigmas de una madre insatisfecha
por abrirse de piernas un mal día
con alguien del que no tiene recuerdos.

—*Hace menos frío cuanto te tengo dentro* —dice Nadezhda a Rustam muy despacio.

Siguen en su cinética tarea, pero ambos ignoran que él lleva dentro el nido de una víbora oculto entre la espuma de su polla, sin embargo ninguno de los dos llegará a morir de ese veneno. La vida tiene en mente otros designios.

—*¿Empezamos de nuevo?* —dice Rustam.
Mira desde lo más profundo y angosto de la noche a los ojos sedientos de Nadezhda.
Y si ella no fuese un personaje de este libro quizá le hubiese dicho que en la vida nunca es posible comenzar de nuevo. Siempre se continúa en otro sitio,
en otro tiempo,
solo hay una salida y una meta, pero Nadezhda dijo:
—*Bebe por mí esta noche, Rustam. Mañana será otro día.*

Él aún sigue esperando más respuestas.
Desde los esquilados recursos del cerebro,
ella, en un brevísimo instante de conciencia, ve las sombras que corren y se esconden de sí misma y en los ojos de él se dan la vuelta.
Camina sobre plásticos y latas oxidadas como si nadie hubiese preguntado.
Él, que aprendió a decir *sí* en los vertederos de la desmemoria, quiere amarla otra vez,
amarla a su manera, sin ternura, ni amor, sin aspavientos, como una simple fórmula contra la soledad,
pero la ve alejarse entre ruinas de vodka y botellas vacías.

En los ojos de Rustam la noche se contagia del invierno sobre las cumbres de las escombreras.

Un cielo negro entre las nubes rotas
afila la mirada del futuro.

Sobre un mundo de hielo llueve sangre,
y de un silencio antiguo se desprenden
las visiones de un dios con miopía.

Detrás de unas inmensas naves abandonadas hay un solar desierto en el que se cruza un laberinto de raíles y donde se hacen chatarra decenas de viejos trenes. Pero por la noche, ese páramo de hierros oxidados es el mejor refugio para zorros y perros callejeros. Dentro de aquellos trenes olvidados se instalaron los niños de la calle. Parieron sus cachorros igual que las raposas y las perras. Allí los enterraron como abortos raquíticos de un girasol varado, como una pesadilla prematura; como un recuerdo que es premonitorio.

Sinrazones que nacen con el sepelio uncido al primer grito,
ahogadas en el fraude de su líquido amniótico.
Con la piel oxidada aparecían,
con los ojos cubiertos del verdín de las lápidas
recibían aquella luz primera.
Y quienes resistieron contra los vaticinios
se abrazan a sus madres: unas bolsas de plástico,
ubres de las que maman pegamento
y respiran los gases de un delirio barato.

Hoy los que sobreviven, esos seres minúsculos
construidos con papel de periódico mojado, te miran.
Con sus ojos de amianto pisan sobre el ardor de tal mentira.
Subsisten con las marcas de su genealogía,
conservan las arrugas de un papel que se estira.
Los niños que nacieron sobre camas de ortigas,
aquellos que crecieron en la fe de una casa traspasada
de norte a sur por vigas de alfileres,
esos humildes seres transparentes
a los que el sol dejaba desvalidos,
lastrados ante un mundo culpable en su desprecio,
aquellos moribundos siguen siendo
los pútridos cadáveres que hoy latan
en un recuerdo embalsamado en vida.

—¡Qué me va a contar! —le dice Ramy—. Ya le advertí que no sería agradable. Se comportan así con los mendigos, les da lo mismo que sean hombres o mujeres. Mientras uno le pega por un lado otro le roba y otro le está dando por detrás. Una vez le quitaron el gorro de piel a uno que dormía y se lo llenaron de petardos. Estallaron sobre su cabeza y perdió la mayor parte de la piel y el pelo. Pueden llegar a ser muy crueles. Repiten lo que han visto y lo que han hecho con ellos. Y entre ellos es lo mismo. Cada grupo tiene un líder que usa el sexo como arma de control, como castigo o para rebajar su frustración; no solo con las chicas, también con los varones. Les da igual. No quiero decir que no haya entre ellos buenos sentimientos, siguen siendo niños que tienen entre 6 y 14 años, pero también los hay mucho más pequeños. Algunos son hermanos. Habitualmente es el mayor quien cuida del más chico. Cuando se va de casa por los malos tratos se lo lleva consigo. Otras veces el hermano mayor regresa a casa solo para sacar de allí a los más pequeños. Pero no sé qué decirle... A veces el remedio es peor que la enfermedad.

Ramy, la trabajadora social, sonríe mientras le da la mano al periodista.

—Hasta mañana. Nos encontraremos allí. Por unos cuantos rublos le dejarán hacerles fotos y grabarlos.

— Los policías te llevan a un rincón, te patean la cabeza, te dan por todas partes. A veces mejor eso que tener que chupársela. Con el klai no me importa, pero ellos nunca te dan nada. Ni una mierda de rublo. Nada. Nada. No sé de quién son hijos... los cabrones.

— ¿Quién te ha llevado esta noche?
— Mijail.
— Has tenido suerte, es el poli que la tiene más pequeña.
— Pero estaba con Vólkov.
— Entonces vas a cagar sangre varios días.
— Cabrón, ojalá se ahogue en su vodka.

Le enseña las entrañas del revólver.
El alma del cañón junto a su lengua.
Tiene que hacerlo.
Las armas vuelven dóciles
los lugares oscuros de ese cuerpo.

Al final le mete en el bolsillo quince rublos.
— Así el próximo día el klai hará más fáciles mis entradas por todos tus accesos.

En el distrito centro trabajan más de siete mil policías.

Atardece en Moscú,
32 de diciembre de mil novecientos nunca.⁽⁵⁾
Un resplandor estalla en riguroso préstamo.

Dos muñecos de nieve
encienden una hoguera.

*—Moscú es muy grande y el vodka da la vida. Dios cree en la gente, por
Él será juzgada. Él quiere a todo el mundo, incluso a los malos, no solo
a los rusos, también quiere a los chechenos, pero sobre todo quiere a los
niños. ¡Brindad, brindad, bebamos, Dios existe!*

En Navidad se instala en la Plaza Roja un carrusel de luces con
caballos blancos que tienen crines doradas. Niños que ríen y giran
a lomos de unicornios purpurinos saludan a sus padres en cada
nueva vuelta. Sobre la catedral de San Basilio el cielo estalla en
fuegos de artificio y el Moscova es una vía láctea donde cientos
de niños vuelan sobre el hielo que deslumbra como un óleo de
Afremov. Sus ojos resplandecen bajo un bosque de abetos conde-
nados cuyos frutos son miles de planetas minúsculos cubiertos
de oro y plata.

El cielo de las calles es un telar inmenso de auroras boreales.
Todos los personajes de Walt Disney
sueñan con vivir en esa estampa.

Una pandilla de seres herrumbrosos
llega al comienzo de la calle Tversakaia.
Ángeles carcomidos por la sarna revuelven la basura
en los contenedores del McDonald's de la Plaza del Manège.

Comen bien esta noche.
Cantan algo que ni su dios escucha.

Brindan con alcohol tóxico y barato por la suerte
bajo las luminosas entrañas de la muerte.

No tardarán en aplastar sus risas

los copos de una nieve

melancólicamente insoportable.

— *Se me acercó un hombre. Quería que viésemos unos vídeos en el hotel. Yo al principio no quería. Me prometió muchas cosas y me lo pensé, supe que era algo malo. La gente buena no suele prometer cosas como las que él prometía. Luego me ofreció 500 rublos.* No creo que pensase que era puta. Estos saben muy bien dónde elegirnos. Por si acaso le dije: Muy bien, vamos. Las putas y las mujeres son lo mismo porque toda mujer vale, sea de casa sea de calle.**

Hoy es viernes allí, aquí no importa.
Todos los días son el mismo día y los años
una desviación de las expectativas.
Casi ninguno llegará a los quince. Tampoco importa eso.
No saben cuántos tienen, el recuerdo es un lujo innecesario.

Lyuba también lo ignora, pero no va a cumplir los trece años.
Habla de las mujeres y las putas
pero a la única que en realidad conoce
la ha llamado madre durante siete años.
Su entorno, como ella, son mendigas y niñas de la calle.
Las demás son cariátides de boquitas pintadas
que surcan el asfalto sobre absurdos y altísimos zapatos.
Por eso bebe vodka, para que el mundo sea una mentira.

Cuando salió del hotel era ya sábado. No ha comido.
En la ribera oeste del *Moscova* inmensos edificios
fingen anorexia. *El Swissotel Krasnye Holmy*,
que se mira los pies desde las nubes,
la descubre cruzando a la intemperie.
Diminuta, no puta. Lo dice:
— *No soy puta.*

* 500 rublos, al cambio del año 2005, eran 14 €.

* La frase "Las putas y las mujeres son lo mismo porque toda mujer vale, sea de casa sea de calle" es literal y está extraída del vídeo "Los niños rata de Méjico D.F.":
<https://www.youtube.com/watch?v=VUKrlyM0uEQ>

Todo lo que se dice ha tenido alguna vez su cáscara.
Cortezas para que las palabras pasen distraídas.
Gemidos milenarios se enemistan en su banal intento
de que un ser anodino los pronuncie,
pero son solo corpúsculos de polvo,
mónadas desgastadas al trasluz de un reflejo atormentado,
sombras de unas palabras agudas como escarcha de Siberia
que han perdido en el grito sus espinas
y entre aullidos de niebla
perforan el silencio de las bocas.
A cualquier precio piden coherencia.

Lyuba pronuncia *puta*
con los muslos manchados por la savia
del perfecto marido de una de esas cariátides.
Eso tampoco importa. Ella no juzga,
no ordena realidades ni las cambia.
Escupe en el concepto de armonía. Solo es un cuerpo hueco,
la *machina animata* de un pensador misógino.

No ha comido.
Acaba de follar con un extraño.
Acaba de esnifar su mejor golpe.
A los pies del *Swissotel Krasnye Holmy*
se derrumba.

Hoy es sábado allí, aquí no importa.
Allí no hay ningún Nietzsche que llore sobre ella
y que la abraza. Nadie perderá por Lyuba la cordura,
vivir es un oficio de cariátide ⁽⁶⁾.

Cariátides de boquitas pintadas
que sonarán los mocos en un *kleenex* y tirarán al suelo
la envoltura de un sandwich de *GlowSubs*.
En su mundo relinchan mil millones de veces
las alegres campanas de ridículos WhatsApp.

Kundera quiso creer que Nietzsche pidió perdón al caballo
en nombre de Descartes. Las Lyubas de este mundo
no saben de Kundera, de Nietzsche, de Descartes.
Eso es también un lujo innecesario:
vivir es un oficio de cariátides.

En ruso, la palabra *nombre* se pronuncia “*Imya*”.
“¿Cómo te llamas?”, en ruso se dice “*Kak tvoyó imya?*”
o “*Kak tebia zovut?*”

Sobre la mesa de la habitación 615 del *Swissotel Krasnye
Holmy*, un hombre de sesenta y siete años cierra un libro:
Ruso para el viajero, editado por *Lonely Planet*.

—El mundo es así y siempre será así. Sé que voy a morir, pero esta noche voy a soñar que me baño desnuda en una piscina de vodka. Soñaré con un globo de esos que vuelan y yo estaré allí debajo. Todo un globo de klai para mí sola.

Cuando Olya se levantó a mear de madrugada
Ksyusha estaba despierta.
Cuando la volvió a ver por la mañana ni se había movido.
Tenía los mismos ojos asombrados de anoche.
Fijos en las estrellas se quedaron, abiertos como nunca.
Fue la única vez que vio su cara plácida.

Nadie sabe cómo se enteraron, pero al atardecer
ya habían aparecido los cabrones de servicios sociales.
—Ahí la tenéis, ¿no la queríais? Ya podéis devolverla al orfanato.
Pavel nunca se calló lo que pensaba.
—¡Dos huevos grandes, Pavel! —dice Olya—, por eso le admiramos.
A los policías les dice a la cara lo que son, a gritos, aunque le cueste caro.

Decían *ella* como si fuese un saco de patatas
del que hay que deshacerse porque se han podrido.
Seguían hablando de ella, incluso muerta, como algo que
estorbaba. Discutían del coste del cadáver.
Había que quitarse de encima aquel problema.
—Si es de Yugan que se la lleven los del ayuntamiento de Yugan.
Y si no que la recojan sus padres.
Ksyusha no tenía padres. Nació igual que los otros,
de un momento con ansias de inminencia.
Esa misma costumbre que se llevó a su madre
después de una paliza. De aquel que la engendró...
quién sabe nada.
Cada vez que decían *ella*, Olya escuchaba su nombre:
no Ksyusha, sino Olya.

Los nombres, en su mundo, son espejos,
y esos seres llegados de otro mundo
que han perdido el consuelo en el trayecto
dan cuerda a su diluvio de relojes.
Tictac tictac tictac tictac tictac ...

Ojalá que sus vidas solo fuesen una bomba de estruendo
dentro de una existencia imaginada, pero la realidad
es una máscara que se ajusta a su cráneo
con un alambre tenso.

A Ksyusha le taparon los ojos con su falda.
Ahora ya no vería más estrellas.

Ksyusha no tenía nada debajo del vestido.

A aquellos funcionarios de servicios sociales
debió de parecerles más intolerable
tener que ver los ojos de una niña con restos de cometas
que aquel coño enfangado, mientras continuaban
debatiendo sobre dónde enterrarla.

A Ksyusha nadie en vida le había dedicado tanto tiempo.
Ksyusha murió en el fondo de la noche
con una cruz de alpaca sobre su mano abierta.

Un granizo hecho de pájaros enfermos
estalla sobre el techo de uralita
y una soledad ávida de cuerpos se atraganta en los charcos.

Ya saben lo que harán con el cadáver.
Le quitaron la cruz y la tiraron.

Ahora Ksyusha ya no tiene nada.

Ahora en su mano abierta cabe el mundo.

En su coño cerrado
la tormenta.

—Mi padrastro me violó cuando tenía 9 años, así que me fui de casa. Siempre tengo deseos de marcharme a otro sitio. Nunca he visto una playa, no quisiera morir sin ver el mar, pero ni siquiera sé dónde estaré mañana ni qué podrá pasar cuando amanezca. Un día estaba con mi amiga Luda. A ella la apuñalaron cinco veces en la espalda. A mí no, pero pasé seis días en urgencias. Eran muchos, no sé cuántos. ¿Qué hicieron con nosotros?, ni me acuerdo, estuve inconsciente varios días. No sé lo que pasó, solo me acuerdo de que tuve miedo y que mis piernas estaban llenas de sangre. No recuerdo más.

No sé cómo se enteró, pero mi madre vino a verme al hospital. Después de eso no volví a verla nunca. Me dijeron que se hizo adicta a las drogas, que la echaron de la casa y que también vive en la calle. Empecé a odiarlo todo, a todo el mundo.

Suena un acordeón en los pasillos de la estación de metro de Belorusskaya y en los ojos de Boris empieza a herir la abulia de la nieve.

—A veces en sueños —continúa— veo a mi madre mirándome el día que me fui de casa. Cuando volví la cabeza la vi apoyada en la pared de la casa como si estuviera sujetando algo que está a punto de venirse abajo. No se movió, ni siquiera levantó su mano para decirme adiós. Estuve pensando por qué soñaba tantas veces con ella y compuse una canción.

Boris canta su música inventada con un ritmo monótono y deshilvanado:

*—Qué difícil es vivir
en este mundo sin madre,
tengo ganas de volver
para estar contigo, madre,
calentitos y muy juntos,
juntos en la misma cama,
como cuando yo era niño,
juntos en la misma casa.*

*Qué difícil es vivir
en este mundo sin ti.
Mamá, mamá llámame.
Mamá, mamá llévame,
llévame contigo a casa.
Sueño contigo de noche
y también por la mañana.
Quiero que soñemos juntos,
juntos en la misma cama.
Mamá, mamá llámame.
Mamá, mamá llévame,
llévame contigo a casa.*

Y ella extiende su mano y lo levanta del fondo de la tierra. Una mano de niño sale o entra, viene de abajo, del fondo de esa tierra. —*Mira. No puedes ser testigo porque esto está ocurriendo detrás de tus dos ojos* —le dice, o alguien dice, o él cree haber oído que alguien dijo. Pasa un perro, una mano quisiera acariciarlo pero esa era la mano que estaba sujetando el fondo de la tierra. Es la mano que estaba apoyada en la puerta de la casa. Ella viene. Se aproxima..., tan cerca el primer plano que la imagen está desfigurada. Corren pero no saben ni por qué ni hacia dónde. Él encuentra el filo de una cuerda pero no sabe aún dónde termina. Todo es principio y fin y solamente espacio y tiempo para fijar los márgenes. Límites que si fuesen los de un árbol..., que si alguien estuviese trepando por su tronco... ¿hacia dónde?, hacia una casa grande construida en un árbol... Un árbol que está dentro de una jaula. Quieren entrar los pájaros de afuera. Sus nidos están dentro de la fruta. Alguien llama a una puerta. Es la madre quien llama, o es la voz de la madre.

—*Abre* —le dice un pájaro con la voz de su madre. Y abre. Pero no, ella sigue estando en un lado y las cosas ocurren a la vez en ambos lados. Las crías de los nidos están chillando.

—*¡Abre!* —vuelve a decirle. Él abrirá una carta, la puerta de una carta, ¡pero ella está dentro y ahora sí es su madre! Está clavada en la pared igual que un Cristo, le dice: “*Hijo, tu padre es esta piedra*”. Y le enseña con una de las manos que de repente ha sido desclavada una navaja. Él sabe que es su padre con esa certidumbre con la que ocurren las cosas en los sueños. La navaja cae al suelo, él retrocede y al hacerlo aplasta sin querer los ojos de su madre. Sobre unas semillas que plantó hace años caen sus lágrimas.

Para el vegetal únicamente es agua. Despreciarán sus poros lo salobre. Alguien trata de oír pero él solo ve unos labios que se mueven. A través de sus gafas ve lo mismo que ella está mirando. Ojos para que exista el movimiento. Realidad que se nutre sobre lo abigarrado. Al fondo de una copa de cristal tallado arderán las agujas de los pinos. Él lo sabe. La nieve se ensimisma en su reflejo por detrás de la herrumbre de unas manos. Pero ahora mejor permanecer en el olvido. Sobre la desolación de lo que aún resiste... la materia fingiendo realidades, flores que nunca sabrán de su perfume y una hélice gira en la puesta de sol y la trocea. Ella pronuncia algo que Boris no comprende. Dentro de una botella hay una luz que cambia la forma de las cosas. Las cosas son objetos animados y un objeto es un animal torpe que ha perdido la voz y las falanges de tanto arañar el fondo de una tumba sellada. La percepción decreta la existencia. La existencia es un cuadro emborronado. Un cuadrado de estrellas se va desintegrando y desaparece por el ángulo izquierdo de unos círculos raros. —*¡Ahora lo escucho!* —dicen desde dentro, o alguien dice que dicen, o él cree haber oído que alguien dijo. En dirección contraria el reflejo del cuerpo de su madre. El cristal, la ventana, fuera/dentro. La mecedora aborrece el balanceo. El fuego pide ayuda para alcanzar las ramas en donde está la casa, pero exige perdón para que el tiempo aprenda el camino de vuelta. Se golpean entre sí los pájaros de afuera sin ninguna razón pero es la sangre de ella la que está resbalando en los barrotes. Hasta en el sueño naufragará la noche, algo en su interior se lo repite mientras la madre abre la boca desmesuradamente. Es una boca inmensa, como una cueva llena de estalactitas que tuviese un desierto escondido en el fondo. ¿Con qué disfraz se abren las puertas de las jaulas delante de sus ojos? ¿A dónde va la mano que acaricia y el agua que la enjuaga y el reflejo del rostro de su madre en esa misma agua? ¿Por qué se abren las flores ante los ojos de una bayoneta y se incendian de golpe los insectos sobre un mar estancado? Él hurta en la memoria de una herida y al fondo, donde se palpa la temperatura que define el recuerdo de la sangre, da cuerda al mecanismo cuántico del miedo. De rodillas ante la polisemia que cree en la tectónica de los abandonados, madre e hijo se empujan con sus ojos, sima y magma que emerge hasta los bordes de un vacío que no quiere llenarse.

Ambos son la frágil mercancía de un viejo vendedor de caracoles.

Sueña que es una momia y se despierta
con el llanto de un muerto en rebeldía.

En la voz abrasiva de un afilador de cuchillos ambulante
suenan un canto que araña sus dos córneas sin párpados:

*Qué difícil es vivir/ en este mundo sin madre,/ tengo ganas de volver/
para estar contigo, madre,/ calentitos y muy juntos,/ juntos en la misma
cama,/ como cuando yo era niño,/ juntos en la misma casa./ Qué difícil
es vivir/ en este mundo sin ti./ Mamá, mamá llámame./ Mamá, mamá
llévame,/ llévame contigo a casa./ Sueño contigo de noche/ y también por
la mañana./ Quiero que soñemos juntos,/ juntos en la misma cama.
Mamá, mamá llámame./ Mamá, mamá llévame, /llévame contigo a casa.*

La vida es tiempo, la narración es tiempo, cada verso cortado
es tiempo roto.

Brilla un pavo real sobre la nieve,
predice el sitio exacto de las víctimas.

Sobran trozos de un cuerpo
que busca organizarse bajo un árbol,
un eucalipto que envenena todo
lo que intenta nacer bajo su sombra.

Aquí están sus pedazos esparcidos.
Pero no hay casa, madre, calor, ni una garganta
que pueda cantar algo que el hielo no perfore.

No hay piedad en el frío.

Entre el sueño y la vida se interpone
un muro transparente de agua sólida.

Aquí están sus pedazos esparcidos.

¿Quién querrá recoger las dentelladas?

Un sudario famélico se yergue
y busca con qué colmarse.

—Quería hacerme fotos desnudo —dice Yunas, un niño rubio como un ángel barroco que tuviese la cara cuarteada—. Me decía: “Ven conmigo, te daré de comer, una ducha y dinero. Tú podrás hacer luego algo por mí”. Acepté, pero siempre tengo miedo de que todo acabe mal. Aunque lo haya hecho mil veces, el miedo sigue ahí como un gusano comiéndote las tripas. He visto a muchos niños enfermar con la sífilis o el sida. Después se arrepienten de haber ido..., pero cuando tienes hambre cualquier dinero es bueno.

En el beso mortal del humo helado, en el tumulto
de otro cuerpo también desposeído,
reducidas las vísceras a una pura mecánica de síntesis,
la subsistencia es una causa desplegable,
un pedestal que tiembla bajo el peso del telón de un teatro
que se abre.

Cuando el remordimiento esquilma las cosechas
de toda expectativa, vuelve el miedo con su espíritu elástico
y extiende sus dominios sobre los territorios
de una necesidad malbaratada.
El temor preexiste, sobrecoge como si fuera ubicuo,
cuanto más lo aborrece más le ama.
Entonces la existencia es un esbozo,
un dibujo sin grafía ni trazo, una especie de esquirra
bajo los microscopios del desánimo, es el fruto deforme
de una imaginación desordenada.
Un microbio se inscribe en su ADN y hace miles de copias
del mapa que contiene su tristeza. Los precedentes suman
cada pérdida, cada bastión tomado por las hordas
del primer desaliento, y de un silencio antiguo
que ha olvidado en qué forma se pronuncia
desborda el artificio de lo que llama vida.
No confía en sus presentimientos,
no cree ni en palabras ni en promesas.

— *Te daré de comer* —dice la muerte con su voz amable—. *Tú podrás hacer luego algo por mí.*

Suceso y cromosoma, genéticas que anuncian el inicio
del vuelo del halcón y de sus víctimas.
Entre los labios crecen los demonios y dios huye
sobre el ruido de cascos de un caballo famélico.
La ilusión busca a tientas una forma con la fe de un cadáver
que cree en el retorno.

Yunas aún no lo sabe:

no es posible la reescritura de *existencia*
 porque esa palabra está ocupada,
no sin romper el arco de los dientes
 y la voracidad de su necrosis,
no sin atornillar a los ingrátidos
 seres del abismo
 y enmudecer la peste de sus gárgolas.
 Y toda esa epopeya para llegar
 ¿adónde?

Detrás de cada ojo hay un vínculo extremo con la nada
y en la voz que se gesta debajo de los párpados
el universo enfermo se apolilla.

La vibración asciende de un ángel corrompido
que le ofrece su espalda
 y sobre ella
 las uñas de ese hombre abren un cauce
 por el que fluye el magma de la muerte.

Un ser sediento de supremacía
 escribe en sus entrañas
 con tinta envenenada.

—En mi pueblo se dice que a los veinte años todos tenemos la cara que Dios nos ha dado; con cuarenta la que nos ha dado la vida y con sesenta tenemos la cara que merecemos. ¿Tú cuantos años tienes? —le pregunta Natasha al periodista.
—¿Cuántos crees? —responde.

Él llama edad al hecho de vivir
oculto en un recinto confortable.
Pero cuando mañana ella se despierte
ha de cruzar un puente fronterizo donde un jefe de aduanas
calibra exactamente los sueños que ha tenido
y le aplica un impuesto
sobre aquellos que vayan a cumplirse.
—¿Tú cuantos cumpleaños? —le pregunta la niña.
—¿Años o sueños? —responde el reportero.
Y Natasha sostiene entre sus dedos
una frágil lombriz mientras le explica
su escurridiza idea de la resurrección y la justicia:
toda una metafísica de quienes comen tierra.
—¿Cómo quieres que sepa cuántos tienes? Cada uno de nosotros va por
ahí como un vagón de metro en hora punta. Todas nuestras verdades
ocurren en el decimocuarto mes de cada año —ríe—. ¡Bah, no me hagas
mucho caso! Lo escuché en algún sitio —dice la niña mientras ve
cómo anota el periodista.

Su inconsciencia la vuelve inexpugnable.
Lo que vendrá después sigue siendo la incógnita del hilo.
El mismo hilo que busca su razón de existir en la sutura,
una ilusión que ignora aquello que persigue.
Sin embargo entre ellos solo existen kilómetros de nada.

Una existencia corre a la deriva
tras las agujas de un reloj varado.
—¿Treinta y seis?, ¿de verdad? Ya tendrías que haber muerto varias
veces.

— Solo creen en Dios — dice la trabajadora social al hombre que les hace las preguntas.

— *¿Mi vida? ¿Qué puedo decir sobre mi vida? Tengo once años. Me siento abandonado. No me gusta estar solo. Me gustaría tener un amigo a mi lado, alguien que se preocupe por mí de verdad* — mientras responde, escribe con un rotulador la palabra *Love* sobre el antebrazo izquierdo —. *No, no creo en el amor, yo solo creo en Dios, Él es el más grande.*

— *¿Quieres a tu padre?*

— *No quisiera tener que contestar.*

— *¿No le echas de menos? Aquí yo soy tu padre.*

Y entre aquella penumbra...
aquellas manos.

En las manos de un viejo una cadena.

Una catedral en las manos de un viejo.

Un viejo con el mundo entre las manos.

Un viejo con la cruz entre las manos.

Un viejo con un libro entre las manos.

Un viejo con un Dios en cada mano.

En la iconografía que hay en las paredes
todos los santos tienen las manos ocupadas.

— *¿Te gusta?* — le repite.

Vasiliy está rezando.

— *¡Dios mío, que no me ponga la mano entre las piernas!*

Dios estaba ocupado en ese instante.

— *¡Dios, enséñame a pelear con tus ladridos!*

Dentro del corazón una pelea de perros...

y esas manos ya están en su cabeza.

Se ve en un tobogán que no termina nunca su pendiente.

Junto a la puerta de la sacristía

unas manos revuelven el cabello de un niño.

Caen en el epicentro de sus muslos.

Un viejo con el mundo entre las manos.

Un viejo con la cruz entre las manos.
Un viejo con un libro entre las manos.
Un viejo con un Dios en cada mano
y las manos de un viejo sobre el templo de un niño.

—Ya puedo contestar —dirá más tarde—: odiarás a tu padre sobre todas las cosas.

—Ponte a temblar, Señor, estamos cerca.⁽⁷⁾

Génesis 1: 26-28

²⁶ *Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen.*

²⁷ *Y creó Dios al hombre a imagen suya; varón y hembra los creó.*

²⁸ *Y los bendijo Dios, y dijo: Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla; ejerced dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra.*

Y ese día fueron creados los sin voz, los sumisos, los débiles, los oprimidos y los subyugadores. Se instauraron las preguntas sin respuesta y a las cosas iguales se les adjudicaron nombres diferentes. Fue implantada la explotación del hombre por el hombre, de las bestias, la esquilmación de las tierras visibles e invisibles y de todos los mares y planetas celestes.

Génesis 1: 29, 31

²⁹ *Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla y todo árbol que tiene fruto; esto os servirá de alimento.*

³¹ *Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera. Y esa fue la tarde y fue la mañana del sexto día.*

Vio Dios lo que había hecho y que era bueno, y dio por concluida la obra creadora y cesó en su labor. Así quedó instaurada para la percepción del otro lo disímil; se separó la vida de la muerte, se le dio más sentido a una que a la otra y se dictaron falsas promesas sobre ambas. Ese día se crearon el hambre y la riqueza, la posesión y los desposeídos y los dioses se hicieron rehenes de los hombres.

Y así hubo una mañana y una tarde y una noche.

Y así todos los días para siempre.

—¿Y qué hizo el séptimo día?

—Descansó.

—¿Y qué hizo el resto de los días?

—¿Qué días?

—Los siguientes, el octavo, el noveno... todos los días que vinieron luego.

—No hubo más días.

—¿Cómo que no hubo más días?

—Hoy es el séptimo día. Siempre es el séptimo día.

EPÍLOGO
PARA EL *SÉPTIMO DÍA*

Tal vez no era de esto de lo que había que hablaros.
Quizá no debería haber escrito del reflujo del áspid
que un feroz antropófago depositó en la boca de los niños
confundiéndose en ella con su propia afonía,
ni de los descendientes de unas niñas
que solo sobreviven una noche
como ciertas orquídeas de Papúa,
ni de racimos verdes de ojos tristes que mueren de acidez
todos los días.

No hay redención posible en estos seres, pequeños artilugios
de nuestra obsolescencia programada, vástagos del linaje
de un muñeco de nieve, tan prematuramente condenados
al precipicio de la indiferencia.

Tal vez no era de eso. ¿Todavía no? ¿Más tarde?
¿Cuándo habrá que decirlo? ¿Sobre cuántos cadáveres?
Ya sabemos que todos son el mismo y que el desprecio
se ceba en cada uno con el nombre del resto.
Todos se llaman Yuri, todos se llaman Rustam.
Todas se llaman Tanya, todas Nadezhda y Ksyusha.
Cuando dices un nombre responden al unísono
diez millones de niños del planeta.
Responden con los ojos tapiados de esqueletos,
con las bocas zurcidas por el miedo,
con las manos sembradas del silencio
de una tierra que pronto cubrirá su cuerpo entero.
Nadie nunca les echará de menos.

Nadie les llorará. Tal vez solo un instante en otros ojos
que son también los mismos que se han ido
quedará una fisura con excelentes vistas al infierno.

Tal vez no sea el tiempo de escribir estas cosas.
¿Todavía no? Esta bien, no hablaremos ni de niños esclavos

ni de esos soldaditos de juguete que conjugan los verbos
de sus metralletas
en Chad, Sudán, Colombia, El Congo, Mali...
Está bien, no hablaremos de *meninos da rua*,
de los que lloran vodka o viven en los pecios de unos sueños
encallados al fondo del *klai* o del tequila,
ni de niñas que tienen los pulmones cubiertos de aluminio
y el óxido de un hombre en la vagina.
Ni tampoco de aquellos casi muertos de hambre
a los que está mirando un dios de piedra
con los brazos abiertos encima de un *Pan de Azúcar*.
Un dios incalculable con los brazos de piedra,
unos brazos inmensos abiertos sobre el cielo de Copacabana,
los brazos extendidos de un dios indiferente
y ciego y sordomudo que en realidad abarcan
un cielo muy pequeño.

Tal vez no sea el tiempo de estas cosas...
Antes hay que decir dónde están Méjico,
Bangladesh, Buenos Aires..., hay que decir Ucrania,
Bucarest, Mogadiscio...
Hay que poner un dedo sobre el atlas para inundar Somalia
con aceite de palma, y Río de Janeiro, Nueva Delhi, Bengala...,
y después comprobar cómo esa mancha
de hamburguesa grasienta las deja señaladas
sobre un planeta azul, tramposamente azul,
con sus nuevos países delineados en vivos colorines
para que se distinga claramente
dónde están las fronteras del desánimo,
las barricadas del resentimiento,
dónde está la alambrada que perfora los ojos
de los colibríes, dónde están las porciones relucientes
de este azul paraíso tatuado
con todos los pigmentos de la afrenta.

Dónde están...

— ¿Dónde están es una pregunta?

Un viejo dios responde
en todas las variantes del silencio.

No sé si era de dios o era del hombre
de lo que había que hablaros.
De ese dios aturdido en el séptimo día,
de esos dioses que todo lo postergan;
de esos hombres geométricos, fósiles que rubrican
con muerte su existencia,
geografías sacadas de contexto que tratan de afianzarse
sobre turbas de sombra intranscendente.

Dioses y hombres se yerguen sobre sus pedestales
con la armadura de su indiferencia
y contemplan el mundo
sobre alas de aluminio tan hermosas
que sí dejan volar a quien las usa.

Pero a los *niños rata*, a los bastardos del *paco* y el *activo*,
a los abortos del *Aurolac*, el *klai* y el disolvente
las charlas de hombres y dioses
les suelen resultar indiferentes.
Y también a los ágrafos, a los mudos,
a los que heredan la tierra de los miserables,
a aquellos que consumen la miseria
que se fabrica en nuestras democracias
y en nuestras dictaduras
y en todas esas ciénagas donde todas las formas
de explotación del ser se reproducen igual que las bacterias,
esta palabrería les es indiferente.

Tal vez fuese de esto de lo que había que hablaros,
de toda esta leprosa indiferencia,
de la sorda y triunfante indiferencia...
La voraz, la insaciable indiferencia...

la demasiada

ella:

la desmedida

la anomalía que abona los sembrados del hambre,
la anomalía que ahoga la conciencia del hombre.

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS CITADOS

Algunas frases de los niños son traducciones literales de sus intervenciones en el vídeo; otras son recreaciones de lo que se ve en ellos, pero la mayoría han sido escritas ex profeso para el texto al que preceden. La letra de la canción que aparece en la página 43 fue escrita para el texto al que acompaña, pero está inspirada en la que canta la niña en el documental “Los niños de Leningradsky”.

(1).— ¡Oh, hierbas de las tumbas,/ escucho a las langostas devoraros! procede de Walt Whitman (*Hojas de hierba*); el primer verso está en “Canto a mí mismo” (nº 49), y el segundo es una idea alterada de “*Salut au monde*” (nº 3).

(2).— Schopenhauer, A. *Los dos problemas fundamentales de la ética*, Siglo XXI Editores. Madrid, 1993.

(3) y (4).— Textos entresacados del artículo “Moscú: tres de la madrugada”, publicado en un diario español en 2008 por la periodista “Vampirella”.

(5).— Verso del poema XXXVI, del libro *Nuevos sermones y prédicas del Cristo de Elqui*, de Nicanor Parra.

(6).— “Vivir es un oficio de cariatide”, viene de una frase de Pedro de Silva: “Vivir, oficio de cariatide”. Catálogo de la exposición *Las horas grises. Tres miradas*. Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias, 2005.

(7).— “Ponte a temblar, Señor, estamos cerca”, está tomado del verso “Ora, Señor./ Estamos cerca”, del poema “*Tenebrae*”, de P. Celán.

La frase de la página 73: “Con veinte años todos tienen el rostro que Dios les ha dado; con cuarenta el rostro que les ha dado la vida y con sesenta el que se merecen” pertenece a Albert Schweitzer.

METER EL DEDO EN LA LLAGA

Para quienes tengan la curiosidad de constatar los horrores sobre los que está edificado este libro, en el siguiente código QR puede verse el documental que le dio origen. También en la página web: www.alejandrocspedes.com

Y en Vimeo: <https://vimeo.com/331978720>

Los niños de Leningradsky (Dzieci z Leningradzkiego),
Hanna Polak y Andrzej Celinski (Polonia. 2004).



NOTAS A LA EDICIÓN

Tantos años de sueño...

Este libro fue escrito entre los años 2002 y 2005 y se le hicieron algunas actualizaciones y correcciones en el año 2008. Tal vez algunas de las situaciones que se han descrito ya no se produzcan en el mismo lugar, pero aquellas que ya no estén en este espacio-tiempo de quien lee no es que hayan dejado de existir, solo habrán cambiado de sitio. Hanna Polak, la codirectora de *Los niños de Leningradsky*, ha vuelto a poner la misma situación de manifiesto con su película *Something Better to Come* en 2015.

El aliento del klai está cronológicamente situado entre *Las caricias del fuego* (terminado en 1998) y *Flores en la cuneta* (escrito en los años 2005 a 2007). Estaba destinado a formar parte de una tetralogía que abordaba con preocupación y conciencia crítica algunos temas sociales: el abuso sexual a las niñas dentro del propio entorno familiar (*Las caricias del fuego*); la indiferencia de una sociedad opulenta y ensimismada, la violencia, la exclusión y la marginación de unos seres abandonados a su (mala) suerte: los niños de la calle (*El aliento del klai*); los accidentes de circulación y la muerte contrapuestos a la falsaria publicidad y las promesas de felicidad de una *civilización* hueca y compulsiva en su necesidad de consumir (*Flores en la cuneta*); y, por último, la fragilidad de la existencia expresada a través de los crímenes cometidos por trece reos que serán ejecutados en una penal de Florida, EE.UU. (*La última cena*).

Tras *Hay un ciego bailando en el andén* (Hiperión. 1998) pasaron diez años sin que publicase ningún libro hasta que en 2008, gracias al Premio Blas de Otero, apareció *Los círculos concéntricos*. Un año más tarde el Premio Jaén de Poesía sacaría a la luz *Flores en la cuneta* (Hiperión. 2009), pero *El aliento del klai* se quedó en tierra de nadie; ya se le había pasado su momento. Tras el cambio radical que se produjo en mi escritura a partir de 2010 con *Topología de una página en blanco* (eBook, 2011 y Amargord, 2012) este libro parecía destinado a no publicarse nunca.

¿Qué podía aportar la publicación de este viejo libro a un panorama mayoritariamente agotado en sus propuestas? ¿Por qué

publicar entonces? ¿Por inercia?, tal vez sea lo único que le queda al escritor para que pueda mirarse en su propio espejo todas las mañanas, porque importar... ya no le importa a nadie. A casi nadie. Esas grandes palabras sobre la poesía que todavía hoy escuchamos decir a muchos de nuestros poetas conocidos son palabras vacías. De modo que solo, ante el espejo de mi propia vanidad, decido acometer el autoengaño: un buen amigo te pide un texto para una nueva colección de poesía y buscas las excusas para sacar del féretro este libro olvidado. Me digo que este libro puede añadir algo de coherencia a quien quiera acercarse a mi obra desde una perspectiva diacrónica. La ruptura conceptual, formal y estética que ocurre en *Topología de una página en blanco* y que se mantiene o se intensifica más tarde en *Voces en off* (Amargord. 2016) queda inexplicada sin la publicación de este libro. Faltaban los eslabones que ofrecen la necesaria conectividad a una obra en evolución. En este aspecto, *El aliento del klai* cobra sentido pues contiene algunas de las claves que, en su despliegue o transformación, acabarán produciendo esa ruptura y, sobre todo, contribuyen a explicarla. Pienso que una de esas aportaciones esenciales es la completa desaparición del *yo* autorreferencial, del *yo* lírico confesional y ensimismado que ya estaba desapareciendo de mi obra a finales de los años 90 del pasado siglo con el uso del monólogo dramático en *Los círculos concéntricos—Las caricias del fuego*. Un *yo* que, excepto en la forma coral presente alguna vez en *Flores en la cuneta*, no volverá a aparecer en mi obra en los más de veinte años que siguieron. De este modo, *El aliento del klai* inaugura esa total ruptura con la primera persona y al mismo tiempo anticipa esa búsqueda de la objetividad poética que se plasmó seis años más tarde en *Topología de una página en blanco*. *El aliento del klai* también preludia la utilización del diálogo como expresión poética que se condensará once años más tarde en *Voces en off* y, junto con los otros ya citados, ahonda, y subraya, en esa condición de la poesía como género de ficción que se olvida con tantísima frecuencia.

Otro aspecto curioso presente en este libro es que inicia mis juegos, mis derivas y mis sucesivas genealogías literarias: la interrelación entre lo literario, lo cinematográfico y lo escénico que a partir de su escritura no dejará de estar presente en mi obra hasta hoy. *El aliento del klai* es un libro escrito a partir de una película. A continuación vendría *Flores en la cuneta*, cuyo armazón estructural —y el mismo ser de todos sus poemas— se configura a partir de anuncios televisivos. Le sigue la película *La libertad del títere* —una exaltación del *apropiacionismo* que evidencia cómo cada pequeño cambio de sintaxis modifica toda referencialidad y trae consigo

nuevas significaciones— concebida para dar cuerpo a la lectura en público del libro *Topología de una página en blanco* y que se convierte, en realidad, en un suceso plenamente escénico y autónomo, reclama su absoluta independencia de los textos escritos en el libro y adquiere características de obra nueva. Aún se aventura más allá *Voces en off* con la inclusión dentro de sus páginas de nueve códigos QR que llevan a otros tantos vídeos y posibilitan al lector salir del libro, le lleva a otro territorio soberano, emancipado, donde el texto se hibrida con el vídeo para adquirir nueva referencialidad en un contexto distinto, convirtiéndose también así en *obra nueva*. *Voces en off*, *la invención del espacio*, es también un espectáculo visual y teatral realizado desde la fragmentación y el *apropiacionismo*. Y para concluir —hasta el momento—, todas estas derivas y genealogías fermentan en la filmación de una película de una hora de duración sobre los textos de *Las caricias del fuego*. En 2001 una película daba razón de ser a un libro, y en 2018 es un libro el que sirve de soporte a una película.

Y con todo lo anterior ya tengo montada la argumentación para el autoconvencimiento: sí, hay razones para que se publique *El aliento del klai*. La poesía, ya que sirve de tan poco, al menos tiene el deber de ser un revulsivo emocional, intelectual, social..., tiene la obligación de conmocionar de algún modo a los escasos lectores que aún le quedan. Así que después de catorce años dormido se recupera el original, se revisa y se actualizan pequeñísimos detalles.

Razones para quedarse en estado de vigilia.

Y tal vez sea esta la única razón que merezca la pena, la más poderosa. A pesar de los muchos años que han pasado desde que fueron escritos ambos libros, los temas que desarrollan tanto *Las caricias del fuego* como *El aliento del klai* siguen siendo de una desgarradora actualidad.

El germen de este libro comenzó tras ver *Children Underground* (2001), dirigido por la estadounidense Edet Belzberg. El documental comienza así: “Los niños sin hogar son las víctimas de la historia reciente de Rumania. En un esfuerzo por aumentar la fuerza laboral de la nación, el líder comunista Nicolae Ceaușescu prohibió la anticoncepción y el aborto. Miles de niños acabaron en orfanatos estatales donde se enfrentaron a condiciones terribles. Con la caída del comunismo muchos de esos niños terminaron en las calles. Algunos provenían de los orfanatos, otros eran

fugitivos de familias empobrecidas. Hoy en día hay 20.000 niños viviendo en las calles. Los recursos para albergar a estos jóvenes sin hogar son muy limitados. Esta es la historia de cinco niños que viven en una estación de metro en Bucarest, Rumania”.

Año 2001, cinco niños adictos a esnifar pegamento sobrevivían abandonados en los túneles del metro de la Piata Victoriei y mendigando por las calles tras huir del maltrato sufrido en sus propios hogares o de las torturas en los orfanatos estatales, obligados a vivir en las peores condiciones imaginables. No tienen ningún derecho. No existen para nadie. Son conscientes de su aterradora realidad solo apaciguada por las devastadoras consecuencias de su adicción al pegamento. El documental me causó tal impacto que me puse a investigar sobre el asunto. Encontré que la historia de Belzberg se repetía con absoluta precisión y mimetismo en muchas otras ciudades de la tierra: los *meninos da rua* en Brasil, los *niños rata* en Méjico, los niños de las *Villas miseria* en Buenos Aires, los niños de la calle en Moscú... La miseria, lo mismo que el dinero, es de las pocas cosas que no tiene fronteras. El colofón a este horror lo puso *Los niños de Leningradsky* (*Dzieci z Leningradzkiego*), dirigido por los polacos Hanna Polak y Andrzej Celinski en 2004. Este documental configuró definitivamente la espantosa escenografía sobre la que se mueven los personajes de este libro, si bien es cierto que en *El aliento del klai* se entremezclan todas las historias que he visto y leído sobre este asunto.

El documental de Polak y Celinski comienza con estas frases: “Desde la caída de la URRSS, entre uno y cuatro millones de niños se han convertido en vagabundos en Rusia. Cuando se hizo esta película, las autoridades estimaban que unos treinta mil niños vivían en las calles y estaciones de Moscú”.

Este libro, he de reconocerlo, no añade nada a los documentales, más bien al contrario: hace literatura de un horror inimaginable y convierte aquello indigerible en alimento masticable. Hacía bien Platón al desterrar a los poetas en el libro X de *La República*. Sin embargo, *El aliento del klai* trató precisamente de conciliar, sin conseguirlo, esa incompatibilidad que Platón establecía entre poesía —como instrumento pedagógico— y conocimiento. En este sentido, el fracaso de este libro se concreta en que al poner la poesía al servicio de subrayar y dar noticia (información, conocimiento de los hechos, no *logos* en su sentido estricto) de aquello que orillamos para hacer de nuestra existencia un estado del *ser* más confortable, se convierte en un artefacto artístico, un constructo intelectual que, a diferencia del documental sobre el que surge, puede ser digerido y, más aún, expulsado del marco de re-

alidad que trata precisamente de poner en evidencia. La poesía que haya en este libro ha terminado inclinándose inevitablemente hacia un territorio estético que la aleja, también necesariamente, de una realidad que no admite paliativos.

Todo objeto cultural es siervo del marco en el que está inscrito, bien lo supo Duchamp. La exposición objetiva de los sucesos que plantea el vídeo podría corresponderse, en la dicotomía platónica y en un sentido muy laxo, con el razonamiento filosófico, es decir, una manifestación que trata de ser exacta, objetivada —no razonada, maldita la falta que le hace— frente a la emotiva y tal vez exaltada expresión que de los mismos hechos ofrece el lenguaje poético y que convierte de inmediato cualquier tipo de verdad en un relato ficticio: metáfora frente a concepto. Se le podrían hacer ciertos reproches a Platón, que olvida que durante siglos el lenguaje de la filosofía fue precisamente el poético —incluso a veces usado por él mismo—; un problema, el del lenguaje, que contamina por igual a Hesíodo y a Derrida. Y sin embargo, es tal la radicalidad que muestra la desnudez de las imágenes no manipuladas que nos ofrece el vídeo, que suplanta y subsume esa capacidad para la conmoción que anteriormente he asignado a lo poético.

Antecedentes al mismo espanto que vemos en *Dzieci z Lenin-gradzkiego* (*Los niños de Leningradsky*) los encontramos en *Ladoni*, (Artour Aristakisyan. 1993), también en Rusia, la de Borís Yeltsin durante los años noventa del pasado siglo —tan cercano— en los suburbios destruidos de Chisináu (Kishinev), la capital de Moldavia, y también tras el desmoronamiento de un régimen comunista, igual que *Children Underground* en la Rumanía post Ceaușescu. Un horror maximizado que se extiende no solo a los niños, sino a todo tipo de población marginada, mendigos, tullidos, ciegos, ancianos, dementes escapados de los hospitales destruidos durante la revuelta: consecuencias de la demolición de una sociedad que intenta pasar del comunismo más ferviente a querer abrazar con el mismo afán el ansia consumista del capitalismo. Un arrasamiento que siempre afecta a los más débiles y a los que, sin serlo, acaban en la misma miseria expulsados por las fábricas de desheredados que son estos sistemas económicos obviamente injustos y despiadados. En *Ladoni* el horror se magnifica y se hace sustancial. Nos muestra cómo la historia se construye sobre deshechos humanos, sobre la marginación de *los mansos*, que diría el *Nuevo Testamento*, sobre una sinrazón que no admite ningún atenuante para justificar los avances conseguidos.

Uno de los aciertos que une a los directores de los tres documentales a los que me refiero es la ausencia de posicionamiento

moral de su mirada. A diferencia de lo que ocurre en este libro, estos vídeos no juzgan: solo muestran. Las cámaras simplemente se colocan frente a la realidad para permitir que la mente de quien los ve elabore sus propios mecanismos de conciencia sin pautas previas. Tal vez precisamente por eso tengan tanta contundencia. Eso, claro está, siempre que seamos capaces de aceptar que *el punto de vista*, la forma de observar desde distintas perspectivas una realidad que jamás es la misma, que unos ven y otros no, esté exenta de adherencias éticas.

Una peculiaridad que tienen todos ellos —y los demás documentales que abordan este asunto— es que nos muestran lo miméticos que son los comportamientos de sus involuntarios protagonistas. Sus conductas son prácticamente exactas, da igual que vivan en Méjico, Argentina, Rusia, Rumanía o Moldavia. Y también son idénticos los antecedentes que los llevan a obrar como lo hacen. Es como si existiese una razón de causa-efecto previamente establecida.

Muchos de los vídeos a los que me refiero estaban colgados en la red en los primeros años de escritura de este libro, pero al intentar volver a ellos en 2019 para las correcciones finales antes de su edición me encontré con una gran sorpresa: la mayoría habían sido eliminados por YouTube. Al pinchar sobre los enlaces que había conservado junto a las primeras notas de escritura apareció este mensaje: “Hemos eliminado este vídeo porque infringía la política de YouTube sobre contenido dañino o peligroso”. En otros que a fecha de hoy aún no han sido eliminados, antes de que comience el vídeo aparece este mensaje: “¡AVISO! El siguiente documental contiene imágenes que pueden herir la sensibilidad de algunas personas. Se recomienda visionar con discreción”. <https://www.youtube.com/watch?v=Z6zQVjoGD7E>

La confianza de las ovejas en sus pastores.

“Políticas y seguridad: Al utilizar YouTube te unes a una comunidad compuesta por personas de todo el mundo. Las funciones nuevas e interesantes de la comunidad YouTube implican un cierto nivel de confianza. Millones de usuarios respetan esa confianza, y estamos seguros de que tú también estarás a la altura de las expectativas. Sigue las directrices que encontrarás más adelante para conseguir que YouTube siga siendo un lugar en el que todo el mundo pueda disfrutar y pasar un buen rato”.

Menos mal, estamos a buen recaudo.

Es cierto que los vídeos son aterradores. Tal vez por eso esta puritana y adocenada sociedad de lo correcto considere que debe protegernos y salvaguardar nuestras conciencias con sus *políticas de seguridad*. Qué terapéutica resulta la inconsciencia y, como consecuencia, también la indiferencia. ¿Para qué sufrir inútilmente si al lado de ese vídeo (o incluso antes de dejarte verlo) está el anuncio de una compañía de vuelos baratos que nos ofrece experiencias inolvidables y únicas para el fin de semana?

Sin embargo, déjenme decirles que no hay experiencia más inolvidable que visionar estos vídeos, solo fallan en la segunda promesa del anuncio: no son únicas. Se repiten en demasiadas ciudades del planeta, todos los días del año, a nuestro lado. Después de ver los vídeos cualquier palabra resulta superflua, vacía, adjetivada en el sentido que Huidobro escribió en *Arte poética*. Nada puede acercarse al horror que muestran las imágenes y las voces de esos niños. Aquí podríamos aplicar otra vez las palabras de Adorno: este libro también es un acto de barbarie.

Dice Fernando Sabater que los humanos somos seres evasivos y que hay dos clases de personas: los que se pasan la vida queriendo volver a la infancia, y los que se pasan la vida intentando huir de ella. Esta obsesión escapista por evitar las realidades incómodas que acechan nuestra existencia casi a diario, y que no es más que otro síntoma de la misma enfermedad, también tiene consecuencias.

La demasiada, la desmedida, ella.

Es precisamente esta actitud evasiva la que nos hace culpables de la *indiferencia* de la que habla el último poema de este libro. Indiferencia que tiene mucho que ver con el desprecio y con la cosificación de lo que nos es ajeno, incómodo, pero también con el rechazo visceral a cualquier contingencia capaz de alterar nuestra domesticada conciencia y nuestra *política de seguridad*.

Para Facebook es más intolerable ver dos tetas
que los muertos por unas metralletas.

Una indiferencia que necesita un cómplice: la invisibilidad. Esa repugnante indiferencia y esa inmunda pulcritud podría ser la que hace a YouTube eliminar los vídeos que considera imperinentes o inoportunos para nosotros. Esa indiferencia que convierte a unos seres inocentes en “despojos que deben eliminarse a través del insecticida que procura el olvido y la marginalidad” (Rubén Redondo).

La sociedad camina alzada sobre absurdos y altísimos zapatos (como también se dice en uno de los poemas) para no ver que allá abajo, despreciados encima de la acera, hay muchísimos seres como los de este libro. Zapatos con tacones de aguja, agujas hipodérmicas que anestesian a quien los lleva puestos y hacen que estos pequeños seres nos imiten. Su mundo insoportable también se hace más dócil a base de inhalables: *el activo* (o *la mona*) para los niños de Méjico; *el paco* o *pasta base* (baratísimos residuos tóxicos del procesamiento de la cocaína mezclados con matarratas) para los de Argentina; *el klai* para pegar los sueños rotos de unos niños de Rusia.

No me digan que no resulta cómico: *pasta base*, pegamento, disolvente... Hasta los nombres de las cosas que sostienen su mundo se desdicen.

Pando, Oviedo, 6 de diciembre de 2019.

NOTAS BIOBIBLIOGRÁFICAS

ALEJANDRO CÉSPEDES (Gijón, diciembre, 1958) está licenciado por la Facultad de Filosofía y Ciencias de la Educación de la Universidad de Oviedo. Residió en Madrid durante más de 30 años y desde 2014 lo hace en Oviedo. Su trayectoria profesional durante 25 años se desarrolló en el campo de la gestión cultural y dirección de espacios escénicos, programación, producción, distribución y dirección escénica (Ministerios de Educación, Ministerio de Cultura, INAEM, Comunidad de Madrid, Festival de Otoño, Veranos de La Villa, Teatro Fernán Gómez y los Ayuntamientos de Madrid y Móstoles). Formó parte durante diez años del Comité de Dirección del Festival Internacional de Teatro Madrid-Sur con José Monleón. Miembro de la SGAE, compuso letras de canciones para importantes músicos españoles, entre los que destaca Luz Casal. Realizó crítica de poesía en *La Esfera de los libros*, suplemento cultural del diario *El Mundo*, desde 1998 a 2002; fue miembro fundador y del Consejo Editorial de la revista *Número de víctimas* del foro de escritores contra la guerra del Ateneo de Madrid, y responsable del Área de Poesía de la revista *La Cultura de Madrid*. Ha publicado sus poemas en la revista *Ínsula*, en los diarios *ABC* y *El Mundo*, y en la mayoría de revistas literarias españolas. Desde 2009 a 2011 codirigió el programa de poesía *Definición de savia* en la Radio del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y en la cadena SER fue responsable de la sección de literatura y teatro del programa *Café con hielo*. Actualmente coordina el Premio Internacional de Poesía Juan Rejano.

Premios literarios

Ha obtenido, entre muchos otros, el *Premio Jaén de Poesía*, 2009; *Premio de la Crítica de Asturias*, 2008; *Premio Blas de Otero*, 2007; *Hiperión*, 1994; *Navarra de poesía*, 1985; *Internacional Villa de Lanjarón*, Granada, 1985 y *Ángel González*, Oviedo, 1984, así como el accésit del *Premio Internacional Teatro Español de Madrid*, 1985 y el *Premio Standard de Textos Teatrales*, 1977.

Publicaciones

Las caricias del fuego (Amargord ed. 2018); *Voces en off* (Amargord ed. 2016, 2ª edición 2017); *Topología de una página en blanco* (eBook, Códice de Barras. 2011, y Amargord ed. 2012); *Flores en la cuneta* (Hiperión. 2009); *Los círculos concéntricos* (AEAE. 2008); *Sobre andamios de humo. Poesía reunida (1979-2007)* (Vitruvio. 2008); *Y con esto termino de hablar sobre el amor* (incluido en *Sobre andamios de humo*); *Hay un ciego bailando en el andén* (Hiperión. 1998); *Las palomas mensajeras solo saben volver* (Hiperión. 1994); *James Dean, amor que me prohíbes* (Pamiela. 1986); *La noche y sus consejos* (Genil. 1986), y las plaquettes *La escoria de los días* (Madrid, La esfera. 2009); *Tú, mi secreta isla* (Málaga, Plaza de la Marina. 1990) y *Muchacho que surgiste* (Santander, Scriptum. 1988).

Su obra ha sido recogida y estudiada en diversas antologías y ensayos literarios, entre los que destacan: *Malos tiempos para la épica. Última poesía española (2001-2012)*. Luis Bagué Quílez y Alberto Santamaría (eds.) (Visor. 2013); *Translating Alejandro Céspedes with Ezra Pound* (Yolanda Gamboa Tusquets, *Translation Review*. Routledge, Taylor & Francis Group. Centro de Estudios de Traducción de la Universidad de Tejas, Dallas. 2019). *PoesidA: an anthology of AIDS poetry from the United States, Latin America and Spain*, Carlos Antonio Rodríguez Matos (Ollantay Press. New York, 1995); *Poéticas del afuera en Alejandro Céspedes y Julio César Galán: Poetry TrasAtlántica*, Fernando J. Cid (Case Western University — Cleveland, EE.UU. 2015); *Limados. La ruptura textual en la última poesía española*, un ensayo de Óscar de la Torre (Ed. Amargord, 2016); *Discontinuidades formales en la poesía Española contemporánea*, Vicente Luis Mora (Rev. de Poesía Laboratorio, Chile, 2018); *Omnia vincit verbum? Un estudio sobre "Voces en off"*; Manuel Martínez-Forega (Amargord. Madrid, 2016; pp. 189-217); *La poesía de Alejandro Céspedes*, Inés Ramón (Rev. El Alambique, nº 8. Noviembre 2013-abril 2014); *La temática poética en Alejandro Céspedes*, Julio Mas Alcaraz (epílogo a *Flores en la cuneta*, Hiperión, Madrid. 2009; pp. 65-80), etc.

Poesía escénica y videopoesía

Desde 2008 ha desarrollado un importante trabajo en el ámbito de la poesía escénica con la dramatización y puesta en escena de vídeo-espectáculos para las lecturas de los libros: *Los círculos concéntricos*, *Flores en la cuneta*, *Topología de una página en blanco—La libertad del títere*, *Voces en off*, *la invención del espacio* y *Las caricias del fuego*. Estos espectáculos se han representado/proyectado en el Festival Internacional de Cine de Gijón (FIC-PLUS), en el Teatro Fernando Fernán Gómez, Centro de Creación Contemporánea—Matadero, Palacio de Cibeles y Auditorio de la Delegación del Principado de Asturias (todos ellos en Madrid), Teatro Filarmónica de Oviedo, Auditorio de Cuenca, Sala Carme Teatre (Valencia), Teatro Circo (Córdoba), Museo Barjola y Teatro del Centro de Cultura Jovellanos (Gijón), Centro Cultural de la Generación del 27 (Málaga), Universidad de Zaragoza, además de en otros espacios de la geografía nacional.

Desde 2008 realiza una constante labor en el ámbito de VÍDEO+POESÍA que se puede ver en su página web: www.alejandrocéspedes.com, y en sus canales de YouTube: https://www.youtube.com/channel/UCZuO93Q469_qGeu_INHSPcg/videos?view_as=subscriber y Vimeo: <https://vimeo.com/user15593050>

ÍNDICE

Prólogo	13
El séptimo día	17
Epílogo para el Séptimo Día	77
Procedencia de los textos citados	83
Meter el dedo en la llaga	84
Notas a la edición	85
Tantos años de sueño	85
Razones para quedarse en estado de vigilia	87
La confianza de las ovejas en sus pastores	90
La demasiada, la desmedida, ella	91
Notas biobibliográficas	93

Esta obra
se acabó de imprimir
bajo los auspicios de
Charo Fierro y
Antonio J. Huerga, editores.

FINIS CORONAT OPUS

